

La violencia religiosa cristiana en la *Historia Eclesiástica* de Sócrates durante el gobierno de Teodosio II y en la *Historia Eclesiástica* de Teodoreto de Cirro

José María BLÁZQUEZ MARTÍNEZ

Real Academia de la Historia
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

La violencia cristiana en la *Historia Eclesiástica* de Sócrates durante el gobierno de Teodosio II, y en la *Historia Eclesiástica* de Teodoreto de Cirro. Cirilo en Alejandría. Concilio de Éfeso. Siervos. Los novacianos. Los judíos. Monjes. Romanos y persas. Arrio. Melecio de Egipto. Cartas de Alejandro, de Arrio, de Eusebio de Nicomedia sobre la doctrina de Arrio. El paganismo. Eusebio de Nicomedia en Constantinopla. Acusaciones contra Atanasio. Política religiosa de Constancio.

Palabras clave: Teodosio II. Cirilo. Éfeso. Siervos. Novacianos. Judíos. Monjes. Romanos y persas. Violencia. Arrio. Melecio. Alejandro. Eusebio. Atanasio. Constancio.

The Christian religious violence in the Ecclesiastical History of Socrates during the government of Theodosios II and in the *Ecclesiastical History* of Theodoretus of Cyrus

ABSTRACT

The christian vilence in the *Ecclesiastic History* of Sócrates during the government of Theodosius II and in the *Ecclesiastic History* of Theodoret of Cyrrus. Theodosius II. Cyril of Alexandria. Council of Ephesus. Serves (Slaves). The Novatians. The Judaism. Monks. Romans and Persians. Arius. Meletius from Egypt. Letters from Alexander, from Arius, from Eusebius of Nicomedia about the doctrine of Arius. The paganism. Eusebius from Nicomedia in Constantinople. Accusations against Athanasius. Religion Politics of Constantius.

Key words: Theodosius II. Cyril. Ephesus. Serves (Slaves). Novatians. Judaism. Monks. Romans and Persians. Violence. Arius. Meletius. Alexander. Eusebius. Athanasius. Constantius.

Este trabajo es continuación de otros varios que se han dedicado al tema durante los siglos IV-V¹.

¹ J.M. Blázquez, "Tolerancia e intolerancia religiosa en las cartas de Jerónimo", *Ant. Crist. (Murcia)*, XXIII, 2006, 467-473; Id., "La violencia religiosa originada por las decisiones del Concilio de Calcedonia (451) en los monjes de Oriente"; G. Bravo, R. González Salinero (eds.), *Formas y usos de la violencia en el Mundo Romano*, Madrid, Signifer, 2007, 291-303; Id., "Orígenes y el monacato", *Bandue* 1, 2007, 19-33; Id., "La violencia religiosa cristiana en los escritos laicos. Sócrates y Sozomeno. Desde Constantino a Juliano",

Sócrates es el autor de una *Historia Eclesiástica* que continúa la de Eusebio de Cesarea. Fue contemporáneo, en gran parte, de los sucesos que narra. Había nacido en Constantinopla hacia el año 380, y murió en torno al 450. Fue discípulo de los gramáticos paganos Eladio y Ammonio, que en 380 había huido de Alejandría a Constantinopla con ocasión de una revuelta. Oyó explicaciones bíblicas del arriano Timoteo, y estudió también Derecho.

Su *Historia Eclesiástica* está dedicada a Teodoro, personaje desconocido, quizá sacerdote o monje. Últimamente se ha propuesto que Teodoro² fue el *magister memoriae* de la comisión encargada de dirigir el Teodosiano.

La *Historia Eclesiástica*, como se ha indicado, es continuación de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, y en siete libros abarca el período comprendido entre la abdicación de Diocleciano, en el 305, al 439. Cada libro está dedicado a narrar la Historia Eclesiástica de un emperador. Sigue un orden cronológico. Las fuentes utilizadas en los primeros libros son: Rufino de Aquileya. Ha consultado la *Vida de Constantino* de Eusebio para el primer libro. También usa la *Historia Eclesiástica*, el tratado *De ecclesiastica theologia* y escritos exegéticos y polémicos, hoy perdidos; el *Breviarium* de Eutropio, y los escritos de Atanasio, fuente clave para la disputa arriana. Consultó otros muchos autores, como Acacio de Cesarea, Evagrio Póntico, Filipo de Sides, Jorge de Laodicea, Gregorio Nacianceno, Gregorio el Taumaturgo, Libanio, Palladio, Timoteo de Berito, al que leyó pero no sigue. Otras fuentes principales fueron cartas y elencos de emperadores y obispos, las actas de los concilios y la *Simagoge* de Sabino de Heraclea. A partir del libro VI, Sócrates utiliza recuerdos suyos y testimonios orales. Para los novacianos, la fuente fundamental para Sócrates es Auxanon, sacerdote novaciano. Sócrates utilizó, pues, todas las fuentes que tuvo a su disposición, a las que critica. Sócrates no sólo cuenta los hechos más importantes de la Historia Eclesiástica, sino, igualmente, otros acontecimientos históricos, como el saqueo de Roma por Alarico en 410, o las guerras entre romanos y sasánidas y otras varias invasiones. Sócrates intenta completar la *Historia Eclesiástica* con acontecimientos profanos. El estilo de la *Historia Eclesiástica* es sencillo.

Homenaje al prof. N.J.A. Escudero, Madrid, CEU, en prensa; Id., “La violencia religiosa cristiana en la Tarda Antigüedad en los escritores laicos. Sócrates y Sozomeno: De Joviano a Teodosio I”, *Homenaje al prof. L. García Iglesias*, Madrid, UAM, en prensa. En general: J. Fernández Ubiña, M. Marcos (eds.), *Libertad e intolerancia religiosa en el Imperio Romano, Ilu Anejos XVIII*, 2007; Id., *Arte y Religión en el Mediterráneo Antiguo*, Madrid, Cátedra, 2008, 291-312.

Sobre Constantinopla, véase: G. Dagron, *Constantinople. Nascita di una capitale (330-451)*, Turín, Einaudi, 1991; J. Beckwith, *The Art of Constantinople. Introduction to Byzantine Art (330-1453)*, Londres, Phaidon, 1968. Para Antioquia: A.J. Festugière, *Antioche païenne et chrétienne: Libanius, Chrysostome et les moins de Syrie*, París, BEFAR, 1959; C. Kondoleon (coord.), *Antioch. The Lost Ancient City*, Princeton University Press, 2001; A. González Blanco, *Economía y sociedad en el Bajo Imperio, según Juan Crisóstomo*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980. Para Alejandría: J. Boardman, J. Griffin, O. Murray, *The Oxford History of The Classical World*, Oxford, Oxford University Press, 1986, *passim*. Para Teodosio II, fundamental: F. Millar, *A Greek Roman Empire. Power and Belief under Theodosius II (408-450)*, California, University of California, 2007.

² A.H.M. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of Later Roman Empire, I A.D. (280-395)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, 898.

Se ha manejado para este estudio la *Historia Eclesiástica* de las Sources Chrétiennes, p. 506, traducida por P. Périchon y P. Maraval, con introducción y notas al pie de éste último, París, 2007. Se prescinde de comentarios y de ciertas correcciones y fuentes para aligerar el trabajo, que se encuentran en este libro, muy completo en la bibliografía y comentario. Se sigue un orden cronológico de temas, como el autor.

COMIENZOS DEL REINADO DE TEODOSIO II. PRIMEROS ACTOS DE VIOLENCIA RELIGIOSA

Comienza Sócrates el libro VII recordando la violencia religiosa cristiana ejercida por Filipo, que en tiempos de Constancio había arrojado de la Iglesia a Pablo, y lo había reemplazado por Macedonio. Es una intromisión del poder político en un asunto eclesiástico. Estas deposiciones de obispos por el poder estatal eran frecuentes en el Bajo Imperio, como se ha visto en otros trabajos nuestros. Su abuelo Anthemios³, a la sazón, desempeñaba cargos administrativos (Socr. *HE.* I.1).

Dirigió la política imperial hasta el año 414. Fue contrario a los herejes, judíos y paganos, y tolerante con el culto al fuego entre los persas, sin duda para llegar a un acuerdo con ellos.

Attikos⁴, obispo de Constantinopla, era un hombre moderado que se captó no sólo simpatías de sus hermanos en la fe, sino de otros grupos que no participaban de sus creencias. Sólo se sabe (*HE.* VI.XVIII.19), pero esto no lo afirma Sócrates en este párrafo, que persiguió a los joamitas y a los mesalianos, como impíos e impuros.

Teodosio, obispo de la villa de Frigia Pacatiana, Synnada, persiguió continuamente a los seguidores de Macedonios, que eran numerosos en la región (Socr. *HE.* III.1-13). Esto lo hizo, como puntualiza Sócrates, no por celo de la fe, ni siguiendo la costumbre de la Iglesia Ortodoxa, sino por ser esclavo del dinero, deseando apoderarse de las riquezas de los perseguidos. Teodosio amaba a los clérigos que dependían del él, y se servía de ellos contra los seguidores de Macedonios con múltiples tretas, como conducirlos él mismo a los tribunales. Las leyes de Teodosio I, confirmadas por su hijo Arcadio (*C. Theod.* XV, V. 11-5), prohibían las reuniones, la construcción de iglesias, la ordenación de los clérigos, bajo penas de multas y de destierros. Teodosio se extralimitaba en su poder, pues eran los magistrados los encargados de este cometido y no los obispos. Principalmente molestó a Agapeto, obispo de los seguidores de Macedonios. Como los gobernadores de la provincia no le hacían caso, acudió a Constantino solicitando órdenes del prefecto del pretorio. Mientras Teodosio acudía a Constantinopla, Agapeto reunió al clero y a los fieles y les persuadió para aceptar la fe de la Fórmula Consustancial. El obispo se fue a la iglesia con todos los fieles. Oró y se sentó en el trono episcopal en el que tenía costumbre

³ A.H.M. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of Later Roman Empire, II A.D. (395-527)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, 95-97.

⁴ A.H.M. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *op. cit.*, 4-5.

de sentarse Teodosio. Con la profesión de fe de la Fórmula Consustancial, Agapeto se apoderó de las iglesias que dependían de Synnada. Vuelto Teodosio de Constantinopla, con el apoyo del prefecto y sin conocer lo sucedido, fue a la iglesia, de donde fue arrojado, y se volvió a Constantinopla, donde se lamentó de lo sucedido al obispo Attikos, por haber sido despedido del episcopado de una manera imprevista. Attikos, que sabía que lo sucedido era ventajoso para la Iglesia, consoló a Teodosio y le animó a preferir el bien común al suyo propio. Escribió a Agapeto animándole a ocupar la sede episcopal y no ocuparse de los enfados de Teodosio.

Estos sucesos son bien significativos por varios aspectos: por la lucha de unos obispos contra otros por razones rastreras, como era apoderarse de las riquezas y no por celo de la fe ortodoxa; por la apelación de un obispo al poder estatal en busca de apoyo, como era muy corriente.

Con frecuencia, la elección de un obispo daba pie a choques violentos entre los partidarios de los candidatos.

NOMBRAMIENTO Y PRIMERAS DISPOSICIONES DE CIRILO DE ALEJANDRÍA

Sócrates (*HE. VII.VI*) cuenta los sucesos acaecidos en Alejandría en el año 412, con ocasión de la elección de Cirilo a la sede de la gran ciudad egipcia. Muerto el obispo Teófilo, uno de los eclesiásticos más ambiciosos y corruptos por utilizar el soborno para alcanzar sus deseos, como lo hizo en la deposición de Juan Crisóstomo, Alejandría se dividió en dos bandos. Unos eran partidarios del archidiacono Timoteo, otros de Cirilo, sobrino del obispo difunto. En el pueblo estalló un motín por este motivo, como puntualiza Sócrates. El jefe del ejército era partidario de Cirilo. El poder civil intervenía con frecuencia en el nombramiento de los obispos.

El *magister militum* era Abundantios. Cirilo, con este apoyo civil fue entronizado obispo de Alejandría dos días después de la muerte de Teófilo. La primera medida que tomó Cirilo fue cerrar las iglesias de los novacianos, y apoderarse de todos los objetos sagrados que guardaban, y quitó al obispo novaciano Teopompo todo lo que poseía. Había motivos de lucro en cerrar las iglesias de los contrarios, no razones de fe, es decir, avaricia. Sócrates puntualiza que Cirilo sobrepasó a Teófilo en poder, y que a partir de él la sede episcopal de Alejandría se colocó a la cabeza de los asuntos para tiranizar, sobrepasando los límites del orden sacerdotal, pues ninguna sede episcopal tenía poder alguno fuera de la ciudad.

Sócrates no duda en sostener que Cirilo tiranizó todo lo que pudo a todo el mundo, sobrepasando la política seguida por su tío, que era un ambicioso.

LUCHAS EN LA ELECCIÓN DE OBISPOS Y PERSECUCIONES

En el año 426 estalló una gran disputa por la elección del obispo muerto, Attikos. Unos apoyaban al sacerdote Filipo, otros a Próclos, que también era sacerdote. (*Socr. HE. VII.XXV*). Todo el pueblo unánimemente deseaba que lo fuera Sisinnios,

que era, igualmente, sacerdote. Había recibido el cargo de sacerdote en el arrabal de Constantinopla, llamado Elaia, que se encontraba enfrente de la ciudad y allí se celebraba tradicionalmente la fiesta de la Ascensión del Salvador. Todos los laicos deseaban que este hombre, que se ocupaba activamente, más de lo que sus fuerzas se lo permitían, de socorrer a los pobres, fuera elegido. El deseo de los laicos fue decisivo, y Sisinnios fue ordenado obispo.

Filipo, en su *Historia Cristiana* criticó mucho esta elección, acusándole a él y a los electores, principalmente a los laicos. Afirmó tales cosas que Sócrates no se atreve a recogerlas. El clero estaba dividido. Los laicos tenían voto en la elección del obispo, y fueron ellos los que decidieron el candidato.

ELECCIÓN DE NESTORIO COMO OBISPO DE CONSTANTINOPLA Y VIOLENCIA RELIGIOSA.

Muerto Sisinnios (Socr. *HE.* VII.XXIX), pareció bien a las autoridades que no fuera elegido al episcopado, a causa de sus deseos de vanagloria, ni Filippo, ni Próclo, que contaba con muchos partidarios. Sócrates indica que la vanagloria era la razón de aspirar al episcopado de muchos candidatos, y decidieron pedir a Antioquía un extraño. Consideraron que podía ser elegido Nestorio, originario de Germánica, buen orador y dotado de bella voz, y le buscaron. Era famoso por su virtud entre la mayoría de la multitud. Se hizo famoso por esta frase, dicha al emperador: “Dame la tierra libre de herejes y yo te daré a cambio el cielo. Ayúdame a acabar con los herejes y yo te ayudaré a acabar con los persas”.

Nestorio, desde el primer momento de su ordenación episcopal, era contrario a los herejes. El emperador era la persona que podía limpiar de herejes el Imperio. Nestorio pedía el apoyo del poder civil contra los herejes y le apoyaba contra los persas. Muchos, que odiaban a los contrarios, acogieron con satisfacción esta frase. A otros no se les escapó la ligereza del pensamiento ni la animosidad y vanagloria que expresaba la frase. Su postura de persecución de los herejes quedó bien manifiesta al quinto día de su ordenación episcopal, al querer destruir un oratorio en el que los arrianos oraban en secreto, y les obligó a un acto desesperado. Al ver destruir su lugar de oración, lo quemaron. Al propagarse el fuego, abrasó las casas próximas. Este suceso motivó grandes disturbios en la ciudad, y los arrianos se prepararon para la venganza, pero Dios no permitió que el mal progresase.

Nestorio no se contentó con molestar a los arrianos, sino también a los novacianos, porque su obispo, Pablo, era famoso por su piedad. Las autoridades exhortaban a Nestorio a contener su ardor. P. Maraval, en su comentario a éste párrafo de la *Historia Eclesiástica* de Sócrates, recuerda que la Ley del 428 contra los herejes, está inspirada por Nestorio, y menciona concretamente a los novacianos y sabatianos, y prohíbe construir nuevas iglesias (*C. Theod.* XVI.5.65). La afirmación de Sócrates demuestra que aún estaban protegidos por algún alto personaje. Según Sócrates, Nestorio ocasionó toda suerte de males a Asia, Lidia, Cana y a los cuarto-decimanos, y ocasionó muchas muertes en Sardes y en Mileto. Este párrafo es importante por señalar, como indica P. Maraval, que Nestorio, con el apoyo del

emperador, extendió su violencia religiosa fuera de su jurisdicción episcopal a Constantinopla y a toda Asia, ocasionando muchas muertes. Cada obispo tenía jurisdicción sólo en el área de su sede episcopal. Nestorio se extralimitaba por contar con el apoyo del emperador.

Pasa Sócrates (*HE. VII.XXXI*) a contar brevemente la violencia cristiana, es decir, las persecuciones que desencadenó Nestorio. En la villa de Germe, en el Helesponto, el obispo Antoninos perseguía a los seguidores de Macedonios de la región de Germe, siguiendo la conducta del patriarca de Constantinopla, justificándose de este modo.

Los seguidores de Macedonios soportaron la violencia durante cierto tiempo. Como Antoninos les hostigaba más violentamente, no podían soportar la presión y planearon una acción desesperada, que consistió en enviar secretamente hombres a asesinarlo. Los seguidores de Macedonios realizaron su crimen. La violencia religiosa llegaba hasta el asesinato de obispos. A este crimen se agarró Nestorio, que convenció a las autoridades para que confiscasen las iglesias de los seguidores de Macedonios. La persecución se justificó por un crimen cometido. Se confiscaron las iglesias de Constantinopla, las de Cícico y muchas otras del Helesponto. Algunos fueron a la iglesia y aceptaron la fe de la Fórmula Consustancial. La violencia religiosa obligó a muchos a cambiar de fe para verse libres de la persecución. Sócrates termina este capítulo, el XXXI del libro VII, recordando que Nestorio desterró a otros y después fue él mismo echado de la Iglesia a causa del término *theotokos*, Madre de Dios, aplicado a María (Socr. *HE. VII.XXXII*).

El debate empezó a causa de un sacerdote, Anastasio, que vivía en el campo, al que Nestorio tenía en gran estima, y acudía a él como consejero en los asuntos. Enseñó en la iglesia que nadie llamó a María Madre de Dios, lo que motivó una gran confusión entre el clero y los laicos, que desde antiguo aceptaban la divinidad de Cristo. Estalló un tumulto en la Iglesia. Nestorio confirmó la afirmación de Anastasio, deseando que no fuera acusado de blasfemo, al que estimaba tanto. Nestorio rechazaba la frase “Madre de Dios” aplicada a María. Esta cuestión dividió a la Iglesia. Unos defendían que Nestorio quería decir que el Señor era un simple hombre y que introducía en la Iglesia la doctrina de Pablo de Samosata y de Fotino. Tal discusión y tal tumulto estallaron que fue necesario un concilio general. Sócrates tiene a Nestorio por un ignorante. El historiador, que leyó los escritos de Nestorio, no le considera seguidor de Pablo de Samosata o de Fotino, y defiende que nunca afirmó que el Señor fuera un simple hombre.

Los autores antiguos no dudan en llamar a María Madre de Dios, y menciona concretamente a Orígenes. Los montanistas y los maniqueos seguían la doctrina contraria.

CONCILIO DE ÉFESO. LUCHAS ENTRE LOS OBISPOS

Sócrates reconoce que los vanos propósitos de Nestorio ocasionaron en todo el mundo un gran tumulto. Al Concilio de Éfeso⁵, celebrado en 431, dedica Sócrates (*HE*. VII. XXXIV) un capítulo entero. Fueron convocados, como lo fueron todos los concilios ecuménicos durante el primer milenio, por un edicto imperial, y presididos por el emperador o por alguien nombrado por él. También los reyes visigodos en Hispania eran los únicos que podían convocar los concilios en Toledo, que cobraban fuerza de ley al firmarlos el monarca. Cirilo de Alejandría quería asustar a Nestorio por serle hostil. Los obispos se dividieron en dos grupos. Unos se fueron con Cirilo y convocaron a Nestorio, que no quiso asistir a la reunión esperando la llegada de Juan de Antioquía. Los seguidores de Cirilo, habiendo leído las homilias de Nestorio, se pronunciaron sobre esta cuestión y depusieron a Nestorio, estimando que había blasfemado del Hijo de Dios; es un caso de deposición de un obispo por hereje. Los seguidores de Nestorio se reunieron y depusieron a Cirilo. Llegado Juan de Antioquía se informó de lo sucedido. Odiaba a Cirilo y le tenía por responsable de todos los disturbios sufridos por la deposición de Nestorio. Cirilo se asoció a Juvenal de Jerusalem par vengarse de Juan, depuesto también. Nestorio, al ver que la situación era tan confusa y que la querrela conducía a la ruptura de la comunión, llamó a María Madre de Dios, para salir de una situación tan lastimera. Nadie aceptó su afirmación. Fue depuesto, exiliado a Petra y después a Oasis. En 451 fue llamado del destierro. Murió en el viaje.

Juan, vuelto a Antioquía, reunió a numerosos obispos y depuso a Cirilo, que ya había vuelto a Alejandría. En un concilio reunido en Tarsos de Cilicia, los obispos orientales anatematizaron y depusieron a Cirilo. La corte intervino frecuentemente en el Concilio, principalmente la emperatriz Pulqueria, pero de esto no habla Sócrates, ni de que Cirilo sobornó a toda la Corte con sumas inmensas⁶. En el 433 los obispos, abandonando sus enemistades, se reconciliaron. La deposición de Nestorio motivó grandes disturbios en las iglesias de Constantinopla. El pueblo se dividió por culpa de los discursos. Todos los clérigos hicieron anatemas contra otros.

El Concilio de Éfeso es un caso claro de la violencia religiosa. Los obispos se anatematizaron unos a otros y depusieron a los jefes de los dos grupos. El pueblo participó en los disturbios.

VIOLENCIA RELIGIOSA DE SIERVOS

Sócrates (*HE*. VII. XXXIII) cuenta un caso curioso de violencia religiosa de otro estilo. Unos sirvientes de origen bárbaro, de un personaje poderoso y cruel, se refu-

⁵ R. Teja, *La "Tragedia" de Éfeso (431). Herejía y poder en la Antigüedad Tardía*, Santander, Universidad de Cantabria, 1995.

⁶ J.M. Blázquez, "El soborno en la Iglesia Antigua", G. Bravo, R. González Salmero (eds.), *La corrupción en el Mundo Romano*, Signifer, 2008.

giaron en la iglesia armados de espadas. Se les pidió que salieran, pero no obedecieron e impidieron que se celebraran las liturgias sagradas. Durante muchos días, armados, estaban dispuestos a repeler al que se acercase. Mataron a un clérigo e hirieron a otro, y después se suicidaron. Es un caso curioso de violencia religiosa motivada por la conducta cruel de un poderoso, que condujo a la muerte de un clérigo, a la herida de otro y al suicidio de los servidores.

VUELTA A CONSTANTINOPLA DEL CADÁVER DE JUAN CRISÓSTOMO

En el año 438, el obispo Próclos admitió en la iglesia a los que se habían separado a causa de la deposición del obispo Juan Crisóstomo, cuyo cuerpo fue traído a Constantinopla con la aprobación del emperador, 35 años después de ser depuesto. Se organizó un cortejo con grandes honores. Su cuerpo fue depositado en la Iglesia de los Apóstoles en Constantinopla. Los que se habían separado por este destierro, volvieron a la Iglesia. Teófilo había excomulgado a Orígenes, alrededor de 200 años después de su muerte, y Juan Crisóstomo, 35 años después de morir, volvía triunfante.

Los casos de deposición de Juan Crisóstomo y de Nestorio de sus sedes de Constantinopla son los dos casos más vergonzosos de deponer a dos obispos mediante grandes sobornos, hechos por Teófilo de Alejandría (385-412) y por Cirilo en concilios. El primero depuso a Juan Crisóstomo en el Sínodo de Quercia, localidad próxima a Calcedonia, en el 403. En Constantinopla estalló un tumulto popular por esta deposición, que obligó a Teófilo a huir de la ciudad. Cirilo depuso a Nestorio en Éfeso mediante grandes sobornos a toda la Corte, y a gran número de obispos presentes en el Concilio. Se trataba de la lucha por el poder entre Alejandría y Constantinopla. Alejandría pretendía poner un paniaguado en Constantinopla. Juan Crisóstomo y Nestorio no se prestaban a ser unos lacayos de Alejandría. El sucesor de Nestorio en Constantinopla fue Maximiano en el 431 (Socr. *HE.* VII.XXXV). La elección motivó un debate enconado. Maximiano era un asceta piadoso. Fue un candidato de compromiso. Su opositor era Próclos, que le sucedió en el 434 (Socr. *HE.* VII.XL).

Gregorio Nacianceno, uno de los obispos más cultos que hubo en la Tarda Antigüedad y excelente teólogo, escribió a un amigo que en los concilios sólo había una lucha por el poder, y que ningún concilio había nunca solucionado nada, sino dejar los problemas peor que estaban, lo que era la pura verdad.

VIOLENCIA RELIGIOSA CONTRA LOS ARRIANOS

La condena del arrianismo⁷ por Teodosio I no lo hizo desaparecer. Al comienzo del libro VII.VI, Sócrates, en su *Historia Eclesiástica*, recoge una noticia sobre la comunidad arriana en Constantinopla: que a Doroteo los arrianos le hicieron venir de Antioquía a Constantinopla. Murió a la edad de 119 años, en 407. Le sucedió al frente de la comunidad arriana Barbas. En su tiempo, había dos personajes cultos en la comunidad arriana; los dos eran sacerdotes: Timoteo y Jorge. El primero era un buen conocedor de la cultura griega, y el segundo, de las Sagradas Escrituras. Timoteo perteneció a la religión de los arrianos. A Timoteo le trató Sócrates, y estaba dispuesto a responder a cualquier problema que se le plantease. Sócrates se maravillaba de que estos dos hombres, lectores continuos de Platón y de Orígenes, fueran arrianos, pues Orígenes afirmó que el Hijo es coetáneo del Padre. Los dos evolucionaron hacia los mejores aspectos del arrianismo, y eliminaron de sus enseñanzas las blasfemias de Arrio. P. Maraval, en su comentario a este capítulo, puntualiza que Sócrates llama arrianos a los que en realidad eran thomeenos, o los que habían rechazado las tesis extremas de Arrio.

Ya se ha mencionado que Nestorio destruyó las iglesias de los arrianos.

Violencia religiosa cristiana contra los novacianos

Sócrates menciona varias veces a los novacianos⁸. El sacerdote novaciano Sabbatios aspiraba al episcopado, y se separó de la iglesia de los novacianos (Socr. HE. VII.V), y bajo pretexto de la observancia de la Pascua judía, celebraba reuniones privadas en ausencia de su obispo, Sisinnios, en el lugar de la ciudad que se llama Yerocophos, donde está situado en la actualidad el Foro de Arcadio. Hizo una acción que mereció numerosas censuras. Interpretó la frase, en la fiesta de los ácidos, que se llama la Pascua judía: “maldito sea el que celebra la Pascua fuera de los ácidos”. Los novacianos, que eran gentes sencillas, se le unieron. No logró obtener ningún provecho, pero esta falsificación tuvo para él funestas consecuencias. Celebraba la fiesta en fecha anterior y afluía a él mucha gente. Cuando difundió la antigua costumbre, un confuso rumor provocado por el demonio, se extendió que su obispo Sisinnios marchaba contra él. Un tumulto estalló; se atropellaron unos contra otros, de modo que perecieron más de setenta personas.

Este es un curioso cisma de los novacianos, que terminó con la muerte de muchos.

⁷ Ch. Pietri, *Storia del cristianesimo. Religione-Politica-Cultura. La nascita di una cristianità (250-430)*, Roma, Borla, 243-324; W.H.C. Frend, *The Rise of Christianity*, Londres, Darton, Longman, Todd, 1986, 492-501.

⁸ AA.VV. *Histoire du Christianisme. I. Le Nouveau Peuple (des origines à 250)*, París, Desclée, *passim*, 2000.

Cirilo cerró las iglesias de los novacianos, según se ha indicado ya. Se apoderó de los objetos sagrados y desposeyó al obispo novaciano, Teopompos, de todo lo que poseía, lo que era un robo descarado.

En Roma, el obispo Inocencio fue el primero en exilar a los novacianos y se apoderó de sus numerosas iglesias (Socr. *HE.* VII.IX.2). La violencia contra los novacianos no cesó en Roma. El obispo Celestino confiscó las iglesias de los novacianos y obligó a su obispo Rustícola a reunirse en secreto en casas particulares. Sócrates (*HE.* VII.IX.2-6) señala que los novacianos habían prosperado mucho en Roma. Tenían numerosa iglesias y reunían a muchas gentes. Sócrates critica a las iglesias de Roma y de Alejandría, que desde hacía mucho tiempo habían extendido su poder más de lo que autorizaba la atribución del obispo. Los obispos no permitían, a los que participaban de la misma fe, reunirse con absoluta libertad. Les alababan solamente a causa de su conformidad de opinión con ellos. Los de Constantinopla tenían permitido reunirse en el interior de la ciudad. El comportamiento de los novacianos era diferente en Constantinopla que en Roma o en Alejandría. Los novacianos estaban muy extendidos por las grandes ciudades del Imperio. En Hispania su influjo fue grande.

Sócrates (*HE.* VII.XII) cuenta el caso del obispo novaciano de Constantinopla, Chrisantho. Fue nombrado obispo después de la muerte de Sisinnios. Era hijo de Marciano, obispo novaciano antes de Sisinnios. Su carrera fue brillante. Desde joven sirvió en el palacio imperial. Bajo Teodosio I fue consular en Italia. Después, vicario de las Islas Británicas. Suscitó la admiración por su manera de gobernar. Vuelto a Constantinopla, teniendo ya la edad reglamentaria, aspiraba a ser prefecto de la ciudad, pero en contra de su voluntad fue nombrado obispo. Es un caso digno de señalarse. Desempeñó cargos importantes en tiempos de Teodosio I, a pesar de ser hijo de un obispo novaciano y él novaciano también. El obtener el episcopado se debió a que Sisinnios, en el momento de morir, le mencionó como uno de los más apropiados para desempeñar el episcopado. Los novacianos tuvieron por ley la palabra de Sisinnios. Chrisantho huyó. Sabbatios creyó llegada la ocasión favorable para hacerse dueño de las iglesias. Por fortuna, unos desconocidos le impusieron las manos. Entre los que le ordenaron, se encontraba Hermogene, que había sido excomulgado por él con maldiciones por sus escritos blasfemos. Su plan no llegó a realizarse, pues el pueblo detestaba su mala conducta, por hacer todo para adquirir subrepticamente el episcopado. El pueblo tenía voz y voto en la elección del obispo. Muchos codiciaban este cargo por vanagloria y por escapar de las cargas fiscales, como afirman los seis obispos depuestos por Juan Crisóstomo, que habían logrado el episcopado mediante soborno, lo que debía ser frecuente según Basilio de Cesares. También debió ser frecuente que gentes excomulgadas impusieran las manos y ordenaran.

Por todos los medios quería el pueblo encontrar a Chrisanto, y le descubrió escondido en Bitinia y a la fuerza le promovieron al episcopado. Chrisanto organizó las iglesias novacianas de Constantinopla. Sócrates le describe como un obispo excelente. Repartía monedas de oro de sus propios ingresos entre los pobres. No recibía nada de las iglesias, salvo que tomaba, cada domingo, dos panes ofrecidos para celebrar la Eucaristía. Tenía tal celo por su iglesia, que tomo consigo a

Ablabios, retórico, el más capacitado de la escuela del sofista Troilos, y le promovió al sacerdocio. Más tarde Ablabios fue nombrado obispo de la iglesia novaciana de Nicea, y ejerció al mismo tiempo la profesión de sofista. En este capítulo describe magníficamente Sócrates las luchas internas de los novacianos, no diferentes de las de los ortodoxos. La impresión que se obtiene es que los novacianos gozaban en Constantinopla de absoluta libertad, y que tenían gentes de gran calidad, a pesar de la Ley promulgada por Teodosio II (*C. Theod.* XVI.5.59) del 423, que ordenaba la confiscación de los bienes y desterrar a los maniqueos, a los frigienos, a los arrianos, a los macedonios, a los eunomienos, a los novacianos y a los sabbatienos.

Sócrates en su *Historia Eclesiástica* (VII.XVII) concede especial importancia a los novacianos, y da la lista de los obispos novacianos. Chrisanto murió en 419. Le sucedió Pablo en el episcopado. Era profesor de elocuencia latina. Después de ser nombrado obispo abandonó la gramática y se dedicó a la vida ascética. Esta conducta es una confirmación de que los novacianos contaban con jefes cultos y de vida ascética, y que no eran molestados por las autoridades civiles. Fundó un monasterio de monjes novacianos, que no se diferenciaban de los monjes que habitaban en el desierto. Pablo llevaba una vida ascética. Imitaba a los monjes en todo. Ayunaba continuamente. Hablaba sosegadamente. Se abstenía de comer animales vivos. Socorría a los pobres más que cualquier otro. Visitaba a los encarcelados. Intervenia a favor de muchos ante los gobernadores. Ya se ha indicado que Nestorio molestó mucho a los novacianos.

Sócrates (*HE.* VII.XXXIX) cuenta un milagro obrado por el obispo novaciano, Pablo, sucedido en 433. Un gran incendio destruyó una gran parte de la ciudad, los más importantes graneros y el baño público, que fue llamado de Aquiles. El fuego se propagó hacia la iglesia de los novacianos, situada en el lugar llamado Pelasgos. Cuando Pablo vio la iglesia en peligro se precipitó en ella y confió a Dios la salvación de la iglesia. El fuego no provocó ningún daño, a pesar de penetrar en el lugar de oración a través de puertas y ventanas, provocando daños en los alrededores. El incendio duró dos días y dos noches, y se extinguió sin dañar la iglesia. Los novacianos celebraron cada año la salvación de la iglesia con acciones de gracias. Por este prodigio, Pablo fue venerado por cristianos y por paganos.

Sócrates se refiere a los novacianos con especial afecto y respeto, lo que demuestra su independencia.

La intervención del obispo de Roma en asuntos de iglesias orientales fue escasa, por no decir nula. La idea de un primado de jurisdicción es totalmente ajena al cristianismo antiguo. Cipriano (*Epist.* 55.21) escribe que cada obispo sólo debe rendir cuentas a Dios. Expone su opinión sobre el particular, como presidente del concilio africano celebrado en 256, en los siguientes términos: "Nadie entre nosotros se proclama a sí mismo obispo de obispos, ni obliga a sus colegas por tiranía o terror a una obediencia forzada, considerando que todo obispo, por su libertad y poder, tiene el derecho de pensar como quiera y no puede ser juzgado por otro, lo mismo que él no puede juzgar a otros. Debemos esperar todos el juicio de Nuestro Señor Jesucristo, quien sólo y señaladamente tiene el poder de nombrarnos para el gobierno de su Iglesia y de juzgar nuestras acciones".

No creía que Pedro hubiera recibido poder alguno sobre los Apóstoles (*De unit* 4). Tampoco Pedro reclamó este primado (*Epist.* 71.3). Tertuliano, maestro del anterior, en su disputa con el obispo Agripino, le afirma tajantemente que Pedro no tuvo sucesor alguno, que las palabras dichas por Jesús a Pedro (Mt. 16.18-19) se refieren a Pedro exclusivamente, y que Pedro sólo es roca para los que le trataron directamente. Ireneo, en la disputa con el obispo de Roma, Víctor, se opuso a él, al igual que otros obispos de Oriente y de Occidente. No tenían idea de un primado de jurisdicción de Roma. El Concilio I de Constantinopla, celebrado en 381, expresamente afirma que ninguna iglesia tiene jurisdicción sobre otra.

El Concilio de Calcedonia, del 451, en su canon XXVIII sólo conoce un primado de honor igual en las Iglesias de Roma y de Constantinopla. El primer papa verdadero es León I (440-461). Funda su sucesión de Roma, de un falso escandaloso de finales del s. II, en una supuesta carta del papa Clemente, enviada a Santiago, el hermano de Jesús que vivía en Jerusalem, en la que Pedro comunica que había nombrado a Clemente su único y legítimo sucesor.

En todas las disputas entre ortodoxos y enemigos en las Historias de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, y en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio se habla de cómo la actuación del obispo de Roma es prácticamente inexistente tan sólo alguna rarísima vez.

La idea de un primado universal de los obispos de Roma es totalmente ausente en los obispos de Roma: Siricio (384-399), Inocencio I (401-417), Bonifacio (418-422) y Agustín, para quien todos los obispos son iguales y sobre ellos la única autoridad es el concilio. Es verdad que los tres primeros obispos citados intentaron ampliar su autoridad fuera de la sede de Roma. Siricio, en carta al obispo de Tarragona, Himero, en 385, le ordena que de la carta que le ha enviado, saque copias y las envíe a los obispos de Hispania y del sur de la Galia, para que cumplan lo que él indica. Inocencio I ordena que los asuntos importantes sean discutidos en los sínodos, y después se presenten al obispo de Roma para su decisión final, y Bonifacio prohíbe toda apelación que no sea a Roma, cuyas decisiones tienen carácter permanente. Antes, Julio I (337-382) declara a Roma instancia de apelación universal. Gelasio I (492-496) depuso y excomulgó al patriarca bizantino Acacio sin ningún efecto. Nadie hizo caso de estos deseos de Roma.

Con la idea del primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia universal, Gregorio VII excavó una fosa insalvable entre Bizancio, los ortodoxos, los protestantes y los anglicanos.

Las menciones a Pedro hechas por los obispos de Roma en los cinco primeros siglos, son escasísimas: Esteban en el s. III, Dámaso (366-389), que se aplica a sí mismo la promesa neotestamentaria a Pedro, los delegados romanos del Concilio ecuménico de Éfeso, que afirman que Pedro es la cabeza de los apóstoles, el obispo Celestino, sucesor de él y León. Nadie hizo caso de estas afirmaciones.

En el año 1075, Gregorio VII se nombró a sí mismo señor absoluto de la Iglesia, sobre los obispos, concilios, clérigos y fieles, y señor absoluto del mundo, con los emperadores y príncipes sometidos a él, lo que es un acto de soberbia y vanidad sin precedentes en todo el primer milenio.

Contra toda la costumbre y legislación de la Iglesia, y sin tener otro precedente que el falso escandaloso del s. VIII, la *Donación de Constantino*, que entregó al obispo de Roma el dominio sobre toda la Iglesia y cita concretamente las de Alejandría, Jerusalem, Antioquía y Constantinopla.

Esta ausencia de un poder jurídico en la Iglesia, salvo el emperador y el concilio, explica las luchas feroces que se dan en la misma, descritas por Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Cirro.

La elección del obispo al episcopado solía motivar grandes disturbios en la Iglesia. Muerto Maximiano, el emperador fue muy hábil. Reunió a los obispos presentes y se nombró obispo a Próclo. En este caso el obispo de Roma, Celestino, estaba de acuerdo con la decisión de la elección de Próclo. Envió la carta a Cirilo de Alejandría, a Juan de Antioquía y a Rufino de Tesalónica, informando que nada impedía que un obispo de una ciudad fuera trasladado a otra (Socr. *HE*. VII.XL.5).

VIOLENCIA CRISTIANA CONTRA LOS JUDÍOS

La violencia religiosa cristiana contra los judíos es una de las más funestas lacras del cristianismo, que no ha tenido el Islam, que estalló desde el primer momento y que ha llegado al s. XX. Desde los orígenes del cristianismo, hubo apologías contra los judíos, como el *Diálogo con Trifón*, de Justino, que es la más antigua apología contra los judíos. Se escribieron otras, hoy perdidas, como *Discurso entre Jasón y Papisco*, sobre Cristo, de Aristón de Pella. Hipólito de Roma escribió una *Demostración contra los judíos*, que cometieron crímenes contra el Mesías. A Cipriano se le ha atribuido –sin fundamento– el *Adversus judaeos*. Es un sermón del s. III. Tertuliano redactó otro, titulado *Adversus iudaeos*. El ataque más feroz contra los judíos y el más falso, se debe a Juan Crisóstomo, en las ocho homilias pronunciadas en Antioquía entre los años 386 y 387, y el tratado que lleva por título *Contra iudaeos et gentiles quod Christus sit Deus*.

En la Tarda Antigüedad la polémica con los judíos fue numerosa. Baste recordar una homilía de Cirilo de Alejandría (*Hom.* 1.4.10.20-21.29) contra los judíos y su infidelidad. La *Praeparatio* y la *Demonstratio* de Eusebio de Cesarea, a juzgar por sus títulos, iban dirigidas contra los paganos y contra los judíos. Basilio de Seleucia es el autor de una homilía que lleva por título *Contra iudaeos de Salvatoris adventu demonstratio*. Teodoreto de Cirro, en su *Interpretatio in Isaiam*, ataca a los judíos por sus interpretaciones insuficientes y falsas de la Sagrada Escritura. Es también el autor de un tratado, *Contra iudaeos*, hoy perdido.

Se acusaba a los judíos de la muerte de Jesús, acusación que aparece en el *Evangelio* apócrifo de Pedro, donde es Herodes y no Pilatos el que condena a Jesús. Era por lo tanto un pueblo deicida. Los judíos combatían a los cristianos, según afirmación de la *Epístola a Diogneto*. Hipólito, en su *Comentario a Daniel* (1.14-15), describe a los judíos como perseguidores de la Iglesia. Melitón de Sardes, en Lidia, una de las más grandes figuras cristianas en época de Marco Aurelio, en su *Homilía sobre la Pasión*, acusa a los judíos de rechazar a los cristianos y de matarlos. Su responsabilidad en la muerte de Jesús la aceptaron. A Jesús le llevó a la muerte el poder

romano, por una razón política, por hacerse rey de los judíos y usurpar el poder del César⁹.

Cirilo de Alejandría desterró de Alejandría a los judíos (Socr. *HE*. VII.XIII). La razón es la siguiente: los alejandrinos eran muy inclinados a la danza. Un sábado, los danzarines reunieron alrededor de ellos una gran multitud. Los judíos descansaban este día, no para obedecer la ley, sino para pasar su tiempo en los teatros. Este día motivó un conflicto entre el pueblo. Aunque el prefecto de Alejandría había tomado sus precauciones, los judíos permanecieron hostiles a los cristianos, pues los judíos eran, según Sócrates, siempre y por todos los lugares enemigos de los cristianos. Estaban excitados contra los cristianos a causa de la danza. Un día en que Orestes¹⁰, prefecto de Alejandría, hizo una deliberación pública en el teatro, los partidarios de Cirilo se encontraban presentes, pues querían conocer las deliberaciones del prefecto. Entre ellos se hallaba Hierax, que enseñaba a los niños y era un partidario furibundo de Cirilo y de sus enseñanzas. Viendo a Hierax, la multitud de judíos empezó a gritar en el teatro, afirmando que se encontraba allí para provocar un motín entre el pueblo. Orestes detestaba el poder de los obispos de Alejandría, porque cercenaban parte de la autoridad de los que eran encargados por el emperador de gobernar y, principalmente, porque Cirilo quería vigilar sus deliberaciones. Apoderándose de Hierax, los judíos le sometieron en el teatro a terribles suplicios. Cuando se enteró Cirilo, envió gentes a buscar a los jefes de los judíos. Les amenazó si no cesaban de provocar motines contra los cristianos. Los judíos, conociendo estas amenazas, se volvieron más combativos aún y maquinaron una invención contra los cristianos. Una noche enviaron gentes a la ciudad, que anunciaron a grandes gritos que la iglesia que lleva el nombre de Alejandro, ardía. Oyendo esto, los cristianos acudieron a salvar la iglesia, mientras los judíos les atacaban y asesinaban. Indignado Cirilo, se dirigió, acompañado de una gran multitud, a las sinagogas; las destruyó. Expulsó a los judíos de la ciudad y permitió que sus bienes fueran robados por la multitud. Los judíos habitaban Alejandría desde los tiempos de Alejandro Magno, que fue el fundador de la ciudad. Se les desposeyó de todo y se dispersaron por diferentes lugares. Uno de los judíos, llamado Adamantios, sofista y autor de tratados médicos, se fue a Constantinopla y se refugió en casa del obispo Attikos, prometiéndole hacerse cristiano. El prefecto de Alejandría, Orestes, estaba muy apesadumbrado por lo sucedido. Hizo un gran duelo, porque la ciudad estaba completamente vacía de tanta gente. Contó al emperador lo que había pasado. Cirilo informó al emperador de las faltas de los judíos. Envío otros tantos emisarios a Orestes para ganarse su amistad, pues el pueblo alejandrino le obligaba a proceder así. Como Orestes no aceptó las proposiciones de amistad, Cirilo le presentó el libro de los Evangelios, pensando confundir a Orestes. Éste no se dejaba doblegar. Una guerra sin cuartel estalló entre los dos. Fue la causa de otros acontecimientos.

⁹ C. Cohn, *Processo e morte di Gesù. Un punto di vista ebraico*, Turín, Eimandi, 2000.

¹⁰ A.H. M. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *The Prosopography of Later Roman Empire II A.D. (395-587)*, 810-811.

Esta larga narración sobre los choques sangrientos entre cristianos y judíos en Alejandría es importante, pues indica el odio que se tenían ambas comunidades, y que el poder civil era contrario a los obispos, que se extralimitaban en sus atribuciones, exclusivamente religiosas. Ambos grupos llegaron al máximo que es posible llegar en la violencia religiosa: la destrucción de los lugares de culto, el asesinato por parte de los judíos, al destierro de los mismos y al robo por parte de los cristianos. Alejandría quedó vacía de judíos, lo que dañaba gravemente a la ciudad. De la comunidad judía de Alejandría procede Filón de Alejandría, que influyó mucho en el pensamiento cristiano. El prefecto de la ciudad no pudo impedir los crímenes de ambos grupos religiosos. Orestes y Cirilo informaron al emperador, que era la suprema autoridad, de lo sucedido. Estos crímenes son de los mayores que se cometieron en la violencia religiosa.

El odio entre judíos y cristianos era profundo y extendido. Sócrates (*HE*. VII.XVI) cuenta otros crímenes de los judíos contra los cristianos. En Immonmestar, localidad entre Calcis y Antioquía de Siria, los judíos celebraban juegos estando embriagados, y se mofaban de los cristianos y de la cruz. Cogieron a un niño cristiano y le suspendieron de una cruz. Se reunieron y se mofaban del niño, que había perdido el conocimiento y murió. Con este motivo estalló un violento encontronazo entre cristianos y judíos. Los sucesos fueron tan graves que su conocimiento llegó a las autoridades, y el gobernador de la provincia buscó a los culpables y los castigó. El poder civil intervenía continuamente en la violencia religiosa, intentando frenarla.

Sócrates (*HE*. VII.7-14) cuenta el caso de un judío que se hizo bautizar varias veces, y por este medio amasó mucho dinero hasta que se descubrió el engaño. Sócrates (*HE*. VII.XXXVIII) también recoge un caso de estafa religiosa judía. Un judío impostor de Creta se hizo pasar por Moisés y convenció a sus correligionarios de que era un enviado del cielo, para sacar a los judíos de la isla por mar. Durante un año recorrió la isla predicando tal patraña. Exhortaba a los judíos a abandonar sus bienes, prometiendo conducirlos a través del mar. Muchos le oyeron y le siguieron. El impostor les condujo a un promontorio sobre el mar y les ordenó zambullirse en las aguas, lo que hicieron los primeros. Todos hubieran perecido si unos pescadores y comerciantes cristianos que andaban por el lugar, no se hubieran encontrado allí. Salvaron a algunos del mar y a otros impidieron arrojarlos al agua. Los que se salvaron reconocieron su engaño y censuraron su confianza irreflexiva. Buscaron al falso Moisés, que había desaparecido. La mayoría de los engañados le tuvieron por un demonio funesto que había tomado la apariencia humana para perder a su nación. Este suceso motivó que un gran número de judíos que habitaban Creta se convirtieran al cristianismo.

Esta estafa indica bien el clímax espiritual de la judería cretense. Cualquier impostor podía vencer a gran número de incautos a cometer un suicidio, habiendo ante abandonado sus bienes y profesiones.

La impresión que se obtiene de la lectura de Sócrates es que el historiador no es favorable a los judíos, que estaban en continuos choques muy peligrosos con los cristianos, pero que eran poderosos e influyentes.

Violencia religiosa de los monjes

En la Tarda Antigüedad, el monacato ocasionó grandes violencias religiosas. Sócrates recoge algunos casos. Ya Teófilo de Alejandría había armado a algunos monjes de Nitria, exaltados contra los partidarios de Dioscoro. Con celo ardiente, decidieron combatir a favor de Cirilo. Unos 500 monjes dejaron sus monasterios y se fueron a Alejandría. Vieron al prefecto, que circulaba montado en un carro. Se avalanzaron sobre él. Le llamaron sacrificador de los ídolos y pagano, y le injuriaron con otros insultos. El prefecto, sospechando que todo esto era maquinación de Cirilo, gritaba que era cristiano y que le había bautizado el obispo Attikos en Constantinopla. Los monjes no hacían caso de la afirmación de Orestes. Uno de ellos, de nombre Ammonios, arrojó una piedra a la cabeza de Orestes, que quedó todo él cubierto de sangre. La guardia del prefecto se enfureció, salvo un pequeño grupo. Otros se mezclaron con la multitud para protegerse de las piedras. Una multitud de alejandrinos acudió, decididos a combatir a los monjes para defender al prefecto. Pusieron en fuga a todos los presentes. Se apoderaron de Ammonios y le condujeron al prefecto. Este, habiéndole sometido a una encuesta pública, conforme a las leyes, le torturó y murió. Inmediatamente hizo conocer al gobernador lo sucedido. Cirilo dio al emperador una información contraria, que era falsa. Depositó el cadáver de Ammonios en una iglesia y le proclamó admirable. Ordenó que se le diera el título de mártir por combatir por la piedad. Las personas sensatas, aunque fueran cristianas, no aprobaron el celo de Cirilo en esta ocasión. Se sabía que Ammonios había recibido su castigo por su temeridad, y que no había muerto en la tortura por obligarle a renegar de Cristo. Cirilo olvidó el asunto y permaneció tranquilo (Socr. *HE.* II.XIV).

Este suceso es bien esclarecedor de hasta qué punto se llevaba la violencia religiosa entre los cristianos. La provocaron los monjes que apedrearon a la autoridad civil, en este caso al prefecto de la ciudad. Los alejandrinos socorrieron al prefecto, que estaba herido, como era lógico y, en cierta medida, su obligación. Es un caso de grave violencia cristiana, en la que los monjes atacaron al prefecto.

Los monjes fueron causa de grandes violencias religiosas contra los templos paganos, las sinagogas, y provocaron en las ciudades grandes daños.

Libanio, el retórico y sofista griego de Antioquía de Siria, compañero de Basilio y de Gregorio Nacianceno en la escuela del africano Diófanos, profesor en Constantinopla, Nicomedia y Antioquía, y maestro en esta última ciudad de Juan Crisóstomo, de Anfiloquio de Iconio y de Teodoro de Mopsuestia, en el año 390 se quejó amargamente de las numerosas destrucciones de templos paganos hechas por los monjes: “No ordenasteis la clausura de los templos, pero los hombres de negro –comen como elefantes y mantienen atareados a los cristianos que les sirven de beber– atacan los templos con piedras, varas y barras de hierro, o incluso con las manos y los pies desnudos. Después, derrumban los techos y arrasan hasta el suelo los muros, derriban las estatuas y destruyen los altares. Los sacerdotes de los templos deben soportar esto en silencio o perecer. Estos agravios ocurren en las ciudades; en el campo es peor”.

Teodosio I, para restablecer el orden turbado por los monjes, dictó varias leyes: en 390 (*C. Theod.* XVI.3.1); en 392 (*C. Theod.* XI.36.31) y en 392 (*C. Theod.* XVI.3.2).

ASESINATO DE HIPATIA

El mayor crimen de violencia religiosa (Socr. *HE.* VII.XV) y el más odioso, fue el asesinato, descuartizamiento y quema de Hipatia¹¹ en Alejandría, en 415, hija del filósofo Teón. Hipatia sobrepasó en cultura a los filósofos de su tiempo. Fue profesora de filosofía, maestra de Sinesio de Cirene, el gran neoplatónico cristiano¹² que guardó toda su vida un inmejorable recuerdo de ella, respetada y admirada por todo el mundo. Era muy libre de palabra. Se veía con frecuencia con Orestes, lo que motivaba entre las gentes de la Iglesia animadversión hacia ella, acusándola de que no permitía que Orestes se reconciliara con Cirilo. Hombres de espíritu exaltado, dirigidos por Pedro, lector, se conjuraron contra ella y le tendieron una emboscada. La tiraron del carro, la arrastraron a la iglesia llamada del *Kaisarion*, la desnudaron y la asesinaron con tejos; la descuartizaron y quemaron su cuerpo en un lugar llamado el *Kinaron*. Este crimen se volvió contra Cirilo y contra la Iglesia de Alejandría, pues los asesinatos, las luchas y las prácticas parecidas son contrarias a las enseñanzas de Cristo.

El historiador arriano Filostorgio (*HE.* VIII.9.9), acusa a los seguidores de la Fórmula Consustancial de ser los que perpetraron tan odioso crimen con Hipatia. Damascio, en su *Vida de Isidoro*, hace a Cirilo responsable del asesinato de Hipatia, lo que es muy probable, pues era un hombre sin escrúpulos (Socr. *HE.* VII.XV).

Hipatia era una pagana pública, lo que indica que las leyes dictadas contra el paganismo por Teodosio I en 385 (*C. Theod.* XVI.10.9), renovaron la prohibición de hacer sacrificios cruentos y adivinaciones. En 391 prohibió el emperador toda ceremonia pagana en Roma (*C. Theod.* XVI.10.10), disposición extensiva a Egipto (*C. Theod.* XVI.10.11). En 391 quitó a los apóstatas todo derecho civil y político (*C. Theod.* XVI.7.4-5), y el edicto del 392, datado en Constantinopla, prohibiendo de hecho el paganismo, no se cumplieron. Este mismo año, Teófilo de Alejandría, promovió el final del paganismo en la ciudad de la que era obispo, destruyendo el famoso Serapeo, el templo de Serapis, construido y reconstruido por Ptolomeo III. Su culto, helenizado, se propagó al comienzo de los Ptolomeos (Plut. *De Iside et Osiride*, 361F-362A.; Tac. *Hist.* IV.83-84). La famosa estatua fue introducida por Ptolomeo II entre los años 278 a.C. ò 286, según otra versión, en opinión de la *Historia Universal* de Eusebio. Cirilo la fecha entre 284-281 a.C. Es más probable que llegase a Alejandría quizás hacia 285-282 a.C., a finales del reinado de Ptolomeo

¹¹ J.M. Blázquez, *El Mediterráneo. Historia. Arqueología, Religión, Arte*, 418-423.

¹² J.M. Blázquez, *El Mediterráneo. Historia. Arqueología, Religión, Arte*, 409-418; F.A. García Romero, *Sinesio de Cirene. Himnos. Tratados*, Madrid, Gredos, 1993.

I. Clemente de Alejandría, siguiendo al filósofo Atenodoro de Tarso, que vivió en el s. I a.C., menciona a Briaxis, no el ateniense (*Protrep.* IV.48-13), como el escultor de la célebre imagen¹³. Briaxis era el escultor favorito de los Diádocos, y labró la estatua colosal del templo de Seleuco, en Dafne. Se ha propuesto también que el escultor fuera el cario Briaxis, que trabajó en el Mausoleo de Halicarnaso poco después del 353 a.C. Con el Serapeo se destruyó una famosa Biblioteca Alejandrina, que fue una gran pérdida para la cultura clásica. El historiador neoplatónico Eunapio de Sardes (*Vit.* 6.11.2 ss), recoge algunos otros datos sobre la destrucción del Serapeo, como son: que todo lo derribaron con ciega violencia, que buscaban dinero, que, orgullosos informaron que se habían vencido a los dioses, que el templo sirvió de morada a los monjes, de los que afirma que poseían un poder tiránico.

VIOLENCIA RELIGIOSA EN LAS GUERRAS DE LOS ROMANOS CONTRA LOS SASÁNIDAS

Las relaciones entre los romanos y los sasánidas fueron excelentes desde la época de Arcadio. P. Maraval, en su comentario a este párrafo de la *Historia Eclesiástica* de Sócrates (*HE.* VII.VIII), recuerda que Arcadio, en el testamento, nombraba al rey de los sasánidas, Isdigerdes, tutor de su hijo Teodosio II, y que Isdigerdes envió una carta al senado de Constantinopla amenazando con una guerra a los que conspiraban contra el joven emperador. Los romanos enviaron como embajador al rey sasánida al obispo de Mesopotamia, Marouthas, que le juzgó hombre de gran piedad, y le honró y trató como verdadero amigo de Dios, lo que irritó a los magos, que gozaban de gran poder en la corte sasánida, temiendo que se hiciera cristiano. Marouthas sanó de una enfermedad al rey o a su hijo. Los sasánidas planearon un ardid contra el obispo. Los persas veneraban el fuego. El rey tenía la costumbre de adorar, en un edificio, el fuego ardiendo. Los magos escondieron un hombre en la tierra, y le incitaron a gritar, en el momento en que el rey tenía la costumbre de orar, que era necesario expulsar al rey por haber cometido una impiedad, teniendo al obispo cristiano por amigo de Dios. Oído lo cual, aunque Isdigerdes veneraba a Marouthas, quería despedirle. Marouthas descubrió el ardid y sugirió al rey que, cuando oyera la voz, hiciera cavar la tierra y descubrir que no era el fuego quien hablaba, sino una invención humana. Lo que hizo el rey, que se encolerizó mucho, fue diezmar la casta de los magos. Isdigerdes permitió a Marouthas fundar las iglesias que quisiera, y el cristianismo se propagó entre los persas. Es un caso de violencia religiosa de los magos contra un obispo cristiano, utilizando un burdo ardid que se volvió contra ellos. El rey sasánida demostró una gran libertad religiosa permitiendo a Marouthas construir las iglesias que quisiera.

¹³ J.J. Pollit, *El arte helenístico*, Madrid, Nerea, 440-442, 1989. Sobre las destrucciones de templos paganos por los cristianos, véase: G. Fernández, "Destrucción de templos en la Antigüedad Tardía", *AEspA* 54, 1981, 141-156.

Los magos no se dieron por vencidos ante el fracaso, y planearon otro ardid contra Marouthas, que había sido enviado como embajador nuevamente. El ardid consistía en derramar un mal olor donde el rey persa tenía la costumbre de acudir, y acusaron a los cristianos del mal olor. Después se descubrió que la causa del mal eran los magos. Es un nuevo caso de violencia religiosa por parte de los magos contra los cristianos.

Muerto Isdigerdes, la situación de Persia cambió radicalmente. Su hijo y sucesor, Barabanes, cambió de política religiosa en lo referente a los cristianos. Presionado por los magos, les persiguió violentamente, les castigó y condenó a diferentes suplicios. Estalló la violencia religiosa. Los cristianos huyeron a los romanos y les pidieron que no fueran indiferentes a su destrucción. El obispo Attikos recibió a los suplicantes. Les ayudó e informó de lo sucedido al emperador Teodosio II. Las relaciones entre persas y romanos se deterioraron. Los persas reclamaron que se les entregaran los fugitivos, a lo que se negaron los romanos, lo que motivó una guerra entre romanos y persas. Es un caso de violencia religiosa que termina en guerra (Socr. *HE.* VII.XVIII).

El emperador de Bizancio, alcanzada la victoria, deseaba hacer la paz. En realidad la victoria no fue tal, pues ante la amenaza del rey de los persas en socorro de Nisibe, que había acudido con muchos elefantes, los romanos quemaron las máquinas de guerra y se retiraron a su país (Socr. *HE.* VII.XVIII.24). La paz no se firmó y estalló otra guerra que terminó con la derrota del ejército persa, lo que obligó al rey a pedir la paz.

El obispo Akakios de Amida, conociendo que los soldados romanos no querían devolver los 7.000 prisioneros persas, que morían de hambre, pidió a los cristianos que entregaran objetos de oro y plata¹⁴, que fundió para socorrer a los prisioneros. Pagó sus raciones y los alimentó. Se les entregaron las raciones necesarias para el viaje a su país y se les devolvió al rey. Es un bello ejemplo de socorro a los prisioneros enemigos. Este comportamiento impresionó al rey de los persas, que llamó a Akakios a su presencia (Socr. *HE.* VII.XXI).

VIOLENCIA RELIGIOSA CRISTIANA EN LA HISTORIA ECLESIASTICA DE TEODORETO DE CIRRO

Teodoreto nació hacia el 393 en Antioquía de Siria. Se educó con monjes, que le enseñaron la cultura clásica y la cristiana. En 423 fue elegido obispo de Cirro, ciudad próxima a Antioquía. Refutó al paganismo griego al comienzo de su pontificado en su tratado *Graecarum affectionum curatio*, que es la última apología cristiana. Publicó también la vida de 28 monjes y de 3 mujeres. Poco antes del Concilio de

¹⁴ AA.VV., *L'Argenterie romaine de l'Antichité Tardive*, *Antichité Tardive* 5, 1997 ; A. Kaufmann-Heinimann, A.R. Furger, *Der Silberschatz von Kaiser August*, Augst, 1984; M. Martin, *Römermuseum und Römerhaus Augst*, Augst, 117-123.

Éfeso, 431, redactó su obra teológica más importante contra el ataque de Cirilo a Nestorio en sus doce *Anatemi*.

Teodoreto es un buen exponente del trabajo teológico de la escuela de Antioquía, que seguía la tradición hasta su tiempo. A Cirilo se le consideraba dependiente de Apollinar. En el *Pentalogus*, después del concilio, volvió a atacar a Cirilo y a las decisiones del Concilio de Éfeso. Este escrito fue condenado en 553 y se ha perdido. Intervino activamente en la fórmula de conciliación del 433 sin unirse a ella, porque se pedía expresamente la condena de Nestorio. En 447, Teodoreto compuso el *Eranistes*, obra de gran envergadura teológica contra la doctrina monofisita de Eutiques, que se extendía por Constantinopla y Alejandría con el apoyo de Dióscoro, sucesor de Cirilo en la sede de Alejandría. En 449, durante el Latrocinio de Éfeso, que impuso la absolución de Eutiques, condenado por León Magno, obispo de Roma, Teodoreto fue depuesto de su sede episcopal y fue restituido a ella en el Concilio de Calcedonia, al aceptar suscribir la condena de Nestorio. Aparte de otras muchas obras, escribió una *Historia Eclesiástica* que continúa la de Eusebio, recopilando los sucesos acaecidos entre los años 323 al 428, utilizando documentos desconocidos, lo que avala la Historia. Estos escritos demuestran la violencia religiosa entre los principales cabezas de la Iglesia, que motivaron condenas, destierros y deposiciones continuas.

La *Historia Eclesiástica* de Teodoreto de Cirro describe sin tapujos las luchas feroces que ocasionó el arrianismo. Se sigue, al describirlas, el orden cronológico de sucesos del autor. Se ha utilizado la edición Teodoreto de Cirro, *Storia Ecclesiastica*, A. Gallico, Roma, 2000.

Comienza Teodoreto de Cirro su *Historia Eclesiástica* (I.2.3) con un caso de violencia religiosa contra el paganismo, de Constantino el emperador, que reconoció al cristianismo como *religio licita*. Ordenó cerrar los templos paganos (*HE*. I.2.4). Promulgó leyes para impedir sacrificar a los ídolos. Difícilmente Constantino dictó estas leyes. Todos los apologistas cristianos de los primeros siglos defendieron la más absoluta libertad de conciencia para elegir la religión que se quisiera, y Tertuliano (*Apol.* 24.1; *Ad Serp.* 2) con frases tajantes.

EL PROBLEMA DE ARRIO

En seguida pasa el historiador al problema arriano, que va a ser motivo de gran violencia religiosa cristiana. Al causante de la violencia y la discordia, el presbítero Arrio de Alejandría, le muestra como un envidioso (*HE*. I.2.9-10), por haber sido Alejandro nombrado obispo, y un ambicioso (*HE*. I.2.3), que fue la causa de la discordia y de que estallara una violenta tempestad en la Iglesia. Alejandro intentó apartar a Arrio de la doctrina errónea de que Jesús era criatura y obra del Padre, pero no le pudo convencer y le borró de la lista de los presbíteros (*HE*. I.2.11-12). Alejandro de Alejandría, en carta a Alejandro de Constantinopla (*HE*. I.4), indica que Arrio tramó una conjura que emuló la ambición de Colluto, que se nombró a sí mismo obispo y ordenó sacerdotes. Un sínodo de Alejandría declaró nulas sus ordenaciones y fue degradado a la condición de sacerdote, que es otro caso de violencia religiosa.

Prosigue el obispo de Alejandría hablando de “malvada decisión”, de “cueva de ladrones” y de que celebraba continuas reuniones, noche y día, acusando a Cristo y al obispo (Theodoret. *HE*. I.4.3) y a la doctrina apostólica. Su predicación la califica de impiedad. Confirmó la impía creencia de los paganos y judíos sobre Cristo. Suscitó contra el obispo persecuciones y rebeliones. Preparó procesos con la ayuda de algunas mujercillas disolutas, que habían engañado y desacreditado al cristianismo. Alejandro le arrojó de la Iglesia; Arrio, actuando contra su obispo, acudió a otros colegas bajo apariencia de paz y de unidad, en realidad pretendiendo con sus discursos sobre Cristo atraerlos a su enfermedad. Pidió cartas a los obispos, las leyó a los que engañó. A Arrio y a su compañero Aquila, Alejandro les califica de impíos, que no confesaron sus enseñanzas, y sus malvadas acciones contra el obispo por las que fueron expulsados, que ocultaron con locos discursos y escritos. A la doctrina arriana la califica de ruinos. Sus discursos, de persuasivos e impíos. De calumniar ante todo el mundo la religión cristiana. Los que suscribieron las cartas de Arrio, le recibieron en la Iglesia, lo que indica que Arrio, desde el primer momento, contó con partidarios y con obispos que aceptaban su doctrina. Sobre éstos cayó una grandísima infamia. Pasa Alejandro a explicar detalladamente la doctrina ortodoxa contra los arrianos. Recuerda a su colega de Constantinopla que por sus falsas doctrinas fueron condenados Ebión, Artemas y, en Antioquía, Pablo de Samosata, que fue arrojado de la Iglesia por decisión de un sínodo de obispos de todo el mundo. Se reunieron para examinar su doctrina, no uno, como afirma Alejandro de Alejandría, sino tres, en 264 o 265, en 269, y un tercero antes de condenar su subordinacionismo, lo que prueba que no era evidente; a los que se añade Luciano, maestro de Eusebio y de Arrio y mártir, en el año 212, que no estuvo en comunión por mucho tiempo con tres obispos. A sus seguidores, Arrio y Aquila, les califica de malvados. Esta lista dada por Alejandro de Alejandría demuestra que la expulsión de la Iglesia de los que se creía que seguían una falsa doctrina, fue frecuente, y que siempre hubo mucha violencia religiosa. Sostiene el obispo de Alejandría que los que niegan la divinidad del Hijo de Dios no rehúsan decir palabra delirantes y llenas de ingratitud; que no confrontan su doctrina con la de los antiguos, ni toleran ser juzgados iguales a los maestros; que defienden que ninguno de los actuales obispos, en todo el mundo, ha llegado a un cierto grado de sabiduría, y defienden que ellos solos, a los que califica de pobres y de inventores de dogmas, son sabios, y que a ellos solos se les reveló lo que a ningún otro. Esta afirmación es falsa, pues Arrio era un patrólogo de primera fila y se apoyaba en varias frases de la revelación del Nuevo Testamento. No era un indocumentado. Su actitud la califica Alejandro de Alejandría de impía vanidad, de desmedida locura, de vanagloria unida a cólera, de espíritu satánico, que induce a sus impías almas.

Las palabras empleadas son duras e indican un desprecio absoluto a Arrio y a sus seguidores. Por ignorancia combaten contra Cristo y acusan nuestra lealtad a Él. Continúa el obispo de Alejandría con duras calificaciones, como de jocosas fábulas las acusaciones a sus personas. Los califica de ignorantes, de enemigos de la verdad, de alejados de la Iglesia y de las enseñanzas del obispo. Exhorta a no recibir a nadie que los colegas hayan anatematizado, y no prestar atención a sus palabras y escritos, pues no dicen la verdad y en todo meten embrollos. Las cartas que escriben, las cali-

fica de hipócritas y adulatorias, que conducen al error bajo la apariencia de amistad y en nombre de la paz. Denigran al cristianismo en público. No se presentan a los tribunales. Suscitan en todo lo posible persecuciones contra su obispo en tiempo de paz.

La violencia religiosa era continua. Arrio y Alejandro de Alejandría no cedían. El obispo describe a Arrio con los epítetos más denigrantes. Los dos bandos hacían propaganda de sus opiniones contradictorias. Alejandro de Alejandría comunica a su colega de Constantinopla, cuya carta se ha extractado, que muchos obispos han aprobado por escrito el tomo que les han enviado a través de su diácono Apis. Estos obispos se encuentran en todo Egipto, en la Tebaida, famosa por las comunidades de ascetas, Libia, Pentápolis, región próxima a la Cirenaica, que abarcaba cinco ciudades: Cirene, Apollónica, Arsinoe, Telemaida y Berenice, Siria, Licia, Panfilia, Asia, Capadocia, y de otras regiones vecinas.

Alejandro contaba con un gran apoyo contra Arrio. El obispo de Alejandría pidió al de Constantinopla, al que escribió una carta, que le apoyara. Le comunicó que había recibido muchas ayudas de los que habían recibido daños, lo mismo que del pueblo, al que habían engañado. Los problemas de interpretación del dogma apasionaban hasta al pueblo, que participaba activamente poniéndose de parte de uno o de otro.

Alejandro da la lista de los herejes anatematizados, que eran los presbíteros Arrio y los diáconos Aquila, Euzoyos, Aitale, Lucio, Sarmata, Julio, Mena, otro Arrio y Elladio. Escribió una carta con estos argumentos a Filogonio, obispo de Antioquía, a Eustacio, que gobernaba la Iglesia de Berea, ya otros varios obispos defensores de la doctrina apostólica. Arrio hacía lo mismo. Escribió a los que tenían su misma opinión. Ambos bandos escribían a sus partidarios y utilizaban el mismo procedimiento de propaganda y defensa.

Alejandro de Alejandría no escribió ninguna falsedad contra Arrio, como lo atestigua el propio Arrio en carta dirigida a Eusebio de Nicomedia, por lo que la incorpora Teodoreto a la narración para informar a los que no los conozcan. La doctrina arriana la califica el historiador, una vez más, de impiedad. Teodoreto (*HE*. I.5) copia una carta de Arrio a Eusebio de Nicomedia. Estas cartas avalaron mucho su *Historia Eclesiástica*, pues son fuentes de primera mano e indican cuál era la situación vista por Arrio, por Alejandro de Alejandría y por Eusebio de Nicomedia. La anterior carta es la versión de su opositor, Alejandro de Alejandría. A Eusebio de Nicomedia le califica Arrio, que se considera injustamente perseguido por el patriarca de Alejandría en defensa de la verdadera fe, por la cual había luchado también, de hombre de Dios, fiel, ortodoxo; le informa que el obispo le persigue de manera ruinosa y de que emplea todos los medios posibles contra él, hasta arrojarle de la ciudad como si fuera un hombre impío, por el hecho de no estar de acuerdo con él, que en público afirma: “Dios es eterno, el Hijo está junto al Padre, el Hijo coexiste con el Padre sin haber sido engendrado; es engendrado en la eternidad y creado sin generación. Dios no precede al Hijo ni en el pensamiento. Eterno es Dios, eterno el Hijo. El Hijo es el mismo Dios”.

Magníficamente recoge Arrio la fe ortodoxa sobre el Hijo, contraria a su doctrina. Le informa que su hermano Eusebio de Cesarea, Teodoto de Laodicea, Paolino de Tiro, Atanasio de Anazarbo, Gregorio de Berito, Aezio de Lidda y los orientales,

que sostienen que Dios, desde la eternidad, precede al Hijo, han sido anatematizados, todos ellos salvo Filogonio, Ellanico de Trípoli, Macario de Jerusalem, que son herejes ignorantes de la catequesis, porque algunos afirman que el Hijo es adopción, otros emanación, otros engendrado. Desde el primer momento, Arrio contó con seguidores entre los obispos de ciudades importantes.

Las opiniones sobre el Hijo eran muy variadas, pues el dogma estaba aún muy fluido y no estaba determinado. Arrio no podía estar de acuerdo con esta impiedad, es decir, con la profesión de fe ortodoxa, a la que califica de impiedad y de herejía, aunque le amenazasen con infinitas muertes. Las doctrinas eran muy diferentes y las posibilidades de llegar a un acuerdo, nulas. Cada bando se creía en posesión de la verdad absoluta. Arrio hace su profesión de fe: que el Hijo no es engendrado, ni una parte del engendrado, ni proviene del preexistente, sino que por su voluntad firme, es Dios pleno, antes de los tiempos y de los siglos. Es ser engendrado e inmutable. No existía antes de engendrado, o creado, o determinado, o modelado, porque no era engendrado.

Arrio es perseguido por haber dicho que el Hijo tiene principio y Dios es sin principio, y afirma que él es de la nada. Arrio ha hecho esta afirmación, porque no es una parte de Dios, ni proviene de alguno preexistente. Arrio se jactaba de que todos estos obispos mencionados estaban de acuerdo con él. Sus adversarios eran los mencionados Filogonio, Ellamio y Macario, a los que califica de herejes y de desconocedores de la catequesis. Ambos grupos acusaban de herejes al bando contrario. Estos últimos obispos habían maquinado contra los partidarios de Arrio falsas acusaciones, sosteniendo que el Hijo es eterno, antes de los siglos, igual en honor y en *homoousios* al Padre. Eusebio de Nicomedia, habiendo recibido la carta de Arrio, vomitó su impiedad; la frase de Teodoreto no puede ser más feroz, y escribió al obispo de Tiro una carta (Theodoret. *HE*. I.6).

Al principio de la carta, después del saludo, alude al celo de Eusebio de Nicomedia en defensa de la verdad. Se maravilla del silencio de Paolino y le exhorta a escribir sobre este tema, que es útil a él y a sus oyentes, sobre todo si quiere hacerlo de conformidad con las Escrituras. Él deja bien claro su doctrina, que no ha defendido dos engendrados, ni creído en uno dividido en dos, y que había sufrido alguna cosa en el cuerpo, sino que único es el generado y único el que ha sido engendrado de Él y no de su *ousia*, del todo diverso, por naturaleza y potencia, engendrado a una perfecta semejanza de disposición y potencia con aquel que le ha engendrado. Nosotros creemos que su principio es inenarrable con palabras, y también incomprensible para el pensamiento, no sólo de los hombres, sino también de todos los seres que están sobre los hombres. Basados, no en razonamientos, sino en las Sagradas Escrituras, afirma que el hijo es un ser creado, modelado y engendrado de la *ousia* y de naturaleza inefable e inmutable, y semejante al que lo ha engendrado. No se había más afirmado que es creado ni que es modelado. Lo que es del engendrado no podía ser más creado por otro o de sí mismo, ni ser modelado, porque es engendrado desde el principio. La Sagrada Escritura, no sólo de él afirma que es el engendrado, sino también que son en todo desiguales a Él por naturaleza. La escritura declara no la igualdad de naturaleza, sino la generación d su voluntad para cada una de las cosas hechas. Nada es de su *ousia*. Todo lo que ha sido hecho es por su

voluntad. Todas las cosas han sido hechas por Dios por medio de Él, pero todas han sido hechas por Dios.

Habiendo aceptado todo esto, él exhorta a escribir a Alejandro. Estas tres cartas son muy importantes pues, como se indicó, contienen la doctrina de los protagonistas, que van a motivar la fuerte violencia religiosa que va a dominar todo el s. IV. Recogen también las calificaciones peyorativas que hacía el adversario contra los principales protagonistas, Alejandro de Alejandría, Arrio y Eusebio de Nicomedia. Las cartas señalan la situación de odio y de violencia religiosa a que se había llegado en vísperas del primer concilio ecuménico.

Teodoreto califica las cartas de Arrio y de Eusebio de Nicomedia de guerra contra la verdad. Indica que la impiedad se extendió por las iglesias de Egipto y del Oriente, lo que motivó que en cada ciudad y en cada aldea estallasen luchas y disputas sobre la santa doctrina, es decir, que la violencia religiosa se propagó por todo Egipto y Oriente. El pueblo era testigo de lo que sucedía y juez de lo que se decía. El pueblo participaba en la disputa, pero estaba dividido. Algunos alababan a éstos, otros a aquellos. Lo que sucedía era digno de una tragedia y de dolor. Los que asediaban las iglesias no eran extranjeros y enemigos, sino connacionales, compañeros que afilaban la lengua unos contra otros, incluso las espadas, armándose unos contra otros. El odio y la violencia religiosa se extendía por todo el pueblo, que participaba en la discusión. No se contentaban con las palabras, sino que se armaban y preparaban para la guerra. En este aspecto de la violencia religiosa consistía la tragedia.

La violencia religiosa era dura y alarmante, con riesgo de choques sangrientos entre ambos bandos. No había una autoridad superior. A Arrio le califica Teodoreto, una vez más, de impío. Todos suscribieron el símbolo de la fe, incluso los seguidores de Arrio lo suscribieron sin sinceridad, como se desprende de lo que maquinaron contra los defensores de la ortodoxia y de lo que escribieron en torno al asunto.

Teodoreto de Cirro recoge la noticia de que Eustacio redactó un libro sobre ellos, contando los hechos y reprochando su impiedad.

Teodoreto da una lista de los partidarios de Arrio, según Eustacio y Atanasio (Theodoret. *HE*. I.8). Al libro de Eusebio de Nicomedia lo califica Eustacio de blasfemo. En la violencia religiosa se utilizaban, por ambas partes, los epítetos más fuertes. El libro fue leído por todos y fue motivo de irremediable vergüenza para el autor. Da un dato interesante, ya indicado por Teodoreto, que los locos arrianos –así los califica Eustacio–, por el temor de ser desterrados, renegaron y anatematizaron de su doctrina, y suscribieron los documentos del Concilio de Nicea. Se apoderaron del cargo del obispo utilizando la adulación. Volvieron a honrar las tesis repudiadas, ya en secreto, ya en público, poniendo acesanchas con varios argumentos. Se mantuvieron alejados de los expertos, evitaron a los obispos, y de este modo combatieron contra los heraldos de la ortodoxia. Magníficamente se describen las maniobras de algunos seguidores de Arrio, que no se apeaban de sus puntos de vista y que seguían propalando en público y en privado sus doctrinas. Esta política seguía al concilio.

Hasta aquí el pensamiento de Eustacio. Pasa Teodoreto a describir la situación tal y como la vio Atanasio, entonces obispo de Alejandría y el mayor luchador contra Arrio. El historiador entresaca algunos párrafos de una carta de Atanasio a los africanos. Sostiene el obispo alejandrino que los obispos reunidos querían eliminar

las impías palabras de los arrianos. Los secuaces de Eusebio opinaban que su doctrina era la verdadera. Atanasio la califica de impía. Señala que los obispos cayeron en la cuenta de la maldad y de la impía astucia, y afirmaron que sólo el Hijo es de verdad de la *ousia* del Padre. A los arrianos se les califica de astutos e impíos. Atanasio describe la doctrina ortodoxa y recuerda que Eusebio de Cesarea, al principio, estaba de acuerdo con la herejía arriana, pero en seguida suscribió el símbolo de Nicea. Dos grandes figuras del momento, Eusebio de Cesarea y Eusebio de Nicomedia, eran partidarios de Arrio. Las doctrinas de Arrio no parecían descabelladas a grandes personajes del momento. Atanasio menciona el uso antiguo de la palabra *homoousios*, que fue motivo de discusión y división, y de violencia religiosa.

Confirma lo dicho antes que los obispos partidarios de Arrio ocultaron su enfermedad, así llama a la doctrina arriana. Por temor a la multitud de los obispos suscribieron las decisiones del concilio.

Teona y Secundo, no habiendo querido suscribir la doctrina aprobada por el concilio, fueron excomulgados por todos por anteponer la blasfemia de Arrio, así la califica Atanasio, a la doctrina del Evangelio. Los obispos se reunieron nuevamente y aprobaron 20 cánones sobre administración eclesiástica.

En el Concilio de Nicea no prosperó el imponer el celibato a todo el clero, como pretendía la mayoría de los asistentes. Pafnucio, asceta de gran prestigio, se opuso, aduciendo que Jesús no había impuesto la castidad a nadie, pues Pablo (1 *Cor.* 7.25) afirma tajantemente que no ha recibido ningún mandato del Señor. La cultura judía desconocía el celibato. Los doce apóstoles y los hermanos carnales de Jesús eran casados (1 *Cor.* 9.6). Pablo estaba casado, según testimonio de Clemente de Alejandría y de Orígenes. Pablo habla del derecho al matrimonio. Entre los judíos tan sólo unos cuantos ascetas, como Juan Bautista, eran célibes. Algunos esenios eran célibes (Phil. *Quod omnis probus liber*, 12-13; Plin. V.17), pero ello se debía a que despreciaban el matrimonio por tener la creencia de que todas las mujeres eran infieles a sus esposos (Jos. *BI.* II.120). El Sínodo de Elvira impuso el celibato al clero, canon XXXIII. Hasta comienzos del segundo milenio no se impuso el celibato obligatorio en Europa, no en Bizancio, contra todas costumbres y leyes del primer milenio, por Gregorio VII.

EL CASO DE MELECIO

Pasa Teodoreto de Cirro (*HE.I.9*) a narrar la violencia religiosa en el caso de Melecio de Egipto. No mucho antes de la locura de Arrio, como la califica, Melecio, que llegó a ser obispo de Licópolis, en la Tebaida, antes de celebrarse el Concilio de Nicea, fue digno de ser ordenado obispo. Después, convencido de algunos crímenes, fue condenado por el obispo de Alejandría, con el que estaba en desacuerdo por el motivo de haber ordenado a algunos estando ausente Pedro, por causa de la persecución. Melecio no aceptó la condena y agitó y llenó de tumultos la Tebaida y el vecino Egipto. Se trata de la violencia religiosa del obispo de la Tebaida con el de Alejandría. Alejandría tenía el primado de Egipto. Era una lucha por el poder.

Los obispos reunidos en Nicea escribieron una carta a la Iglesia de Alejandría, a los hermanos de Egipto, de Libia, de la Pentápolis, carta que intercala Teodoreto en su *Historia Eclesiástica*. Les informa de las propuestas, discusiones, decisiones y determinaciones del concilio. A Arrio y a su doctrina se las califica, como siempre, de impías. Se decidió anatematizar su doctrina. El concilio no aceptó la impiedad, la locura y la blasfemia, términos con que califica la doctrina de Arrio. Su impiedad corrompió a Teona de Marmarica y a Segundo de Tolemaida, que también fueron excomulgados.

Egipto se libró de aquella malvada doctrina, de aquella blasfemia y de aquellos hombres, que habían suscitado discordia y se separaron. No se puede calificar con términos más peyorativos el comportamiento de estos seguidores de Arrio. El pueblo permanecía en paz y se había olvidado la temeridad de Melecio y de los ordenados por él, que eran 29 obispos, 5 presbíteros y 3 diáconos, según Atanasio (*Apol. c. arr. 71*). La carta confirma las decisiones del concilio, que determinó que Melecio permaneciera en su ciudad, pero sin poder nombrar, ni ordenar, ni aparecer en público en otra región o ciudad. Sólo conservaba el título honorífico. Las ordenaciones debían ser confirmadas de una más santa imposición de las manos, lo que era reconocer que la anterior imposición de las manos era inválida, y admitido a la comunión con estas decisiones: que celebrasen la liturgia según la parroquia o iglesia donde se encontraban; que los que habían estado bajo su jurisdicción no tenían la posibilidad de escoger a los que querían o de sugerir un nombre, de hacer alguna cosa sin el visto bueno del obispo de la Iglesia católica y apostólica. Los que, según ellos, no se encuentran implicados en algún cisma o se encuentran sin mácula en la Iglesia católica y apostólica, pueden elegir y dar el nombre de los que son dignos de formar parte del clero, y en general, de hacer algo según la legislación y normas de la Iglesia. A los que mueran dentro de la Iglesia, suceden en la dignidad del muerto uno de los que se habían llamado hace poco, sólo si parece digno y todo el pueblo los acepta, con la aprobación y el sello del obispo de Alejandría, que era el que tenía el primado.

Melecio era un caso aparte y diferente de lo concedido a todos los otros, a causa de su anterior desorden y de su carácter vivo y lanzado; no se tomaron las mismas decisiones para no dar ninguna posibilidad de decisión al que podía repetir los mismos desórdenes. Se le dejaba sin poder tomar ninguna decisión. Todo el poder de tomar medidas en Egipto recaía sobre Alejandro de Alejandría. Los obispos comunicaron a la Iglesia de Alejandría otras decisiones adoptadas sobre la fecha de la Pascua, que fue motivo de discusión con la Iglesia de Roma; los orientales la celebraban de acuerdo con los de Alejandría. Recomendaron acoger con el más grande honor y mayor caridad al obispo Alejandro, por la común paz y concordia, y por la extirpación de toda herejía.

En la violencia religiosa entre Arrio y Alejandro, los obispos se pusieron de parte de éste último. Sin embargo, pervivieron aún huellas de la locura de Melecio. Reconoce Teodoreto que todavía había algún monasterio que obedecía su loca doctrina. Teodoreto, siempre que alude a los heterodoxos o a su doctrina, aplica epítetos despreciativos; a los que siguen sus preceptos y su modo de vivir y concuerdan

con la locura de los samaritanos y de los judíos. Constantino envió cartas a los obispos que no habían podido acudir al concilio, informándoles de las decisiones.

CARTAS DE CONSTANTINO, DE ALEJANDRO DE ALEJANDRÍA, DE ARRIO Y DE EUSEBIO SOBRE LA DOCTRINA ARRIANA

Teodoreto (*HE. I.10*) inserta la carta del emperador a su narración. De este modo se conocen versiones de los acontecimientos, de Alejandro de Alejandría, de Arrio y de Eusebio de Nicomedia sobre la violencia desenfrenada por la doctrina de Arrio. Tres versiones, o mejor dos, sobre la misma doctrina y el juicio que merece a los que escriben la carta.

Comienza la carta imperial señalando que era deber imperial custodiar una sola fe, una única caridad y un piadoso culto a Dios. Constantino se creyó obligado a intervenir en la disputa. Este mismo criterio van a mantener los emperadores y reyes que convocan todos los concilios durante el primer milenio, y son los únicos que tienen poder para convocarlos. Sínodos se habían celebrado antes, como el Sínodo de Elvira (Granada) que, a principios del s. IV, reunió obispos y presbítero de Hispania, pero el Concilio de Nicea fue el primer concilio ecuménico para examinar y discutir cuestiones referentes a la religión. Se acordó celebrar la Pascua el mismo día. Se determinó no tener contacto con los judíos, a los que se califica de multitud odiosísima, de parricidas y de asesinos del Señor, acusaciones ya viejas. Se debía celebrar la Pascua en la misma fecha para no tener nada en común con los judíos. La Pascua se celebraba en la misma fecha en toda la cristiandad.

A Juliano, Teodoreto (*HE.I.11.3*) le califica de impío, sin duda por abandonar la religión cristiana.

Hombres pendencieros acusaron a algunos obispos y remitieron al emperador acusaciones por escrito (Theodoret. *HE. I.11.4-5*). Se trata de un caso de violencia religiosa contra los obispos. El emperador, habiendo recibido las acusaciones, antes de que se llegara a la concordia en Nicea, la leyó y ordenó que fueran custodiados. Después de haberse hecho la paz, los llevó, y en su presencia los hizo quemar. Afirmó el emperador que no había leído nada de los escritos. Indica que no era necesario que fueran conocidas por la multitud las culpas de los sacerdotes para que, tomando pretexto del escándalo, no pecase de imprudente. La actitud de Constantino en el asunto de las acusaciones fue muy acertada.

Antes de terminar este capítulo, a los arrianos los califica de imprudentes (Theodoret. *HE. I.7*) por despreciar a los Padres comunes a los ortodoxos. Siempre el historiador se refiere a los heterodoxos con frases insultantes. Algunos partidarios de Arrio acusaron a Eusebio de Cesarea de traidor (Theodoret. *HE. I.8*). Dentro de los mismos arrianos hubo casos de violencia religiosa.

Es importante para el tema del presente trabajo la carta de Eusebio de Cesarea escrita durante el concilio, sobre el credo de Nicea, incorporado a la *Historia Eclesiástica* de Teodoreto (Theodoret. *HE. I.12*). Recoge el texto propuesto en torno a la fe y el que fue publicado junto con él. El texto de Eusebio de Cesarea fue leído delante del emperador en el concilio, y fue considerado bueno y excelente. Expone

el credo, que debía de ser el de su Iglesia, que no tuvo oposición y el emperador testimonió que contenía cosas justas. Confesó que él pensaba lo mismo y exhorto a todos a asentir. Sólo se añadió la palabra *homoousios*. A. Gallico, en su comentario a este párrafo, recuerda que en las *Valesii Annotationes* a Sócrates (*HE*. VII.8), anotan que Eusebio atribuye a Constantino la invención del *homoousios*, lo que es muy improbable. El texto se lee ya en Orígenes; los obispos se limitaron, probablemente, a añadirlo. Eusebio de Cesarea inserta en su carta el credo de Nicea, que Atanasio (*Hist. Arr.*42) atribuye a Osio, que fue la mano derecha de Constantino en asuntos eclesiásticos¹⁵, y Basilio (*Epist.* 81) a Hermógenes, y Filóstrato (*HE*. 1.9) a Alejandro y a Osio. Eusebio de Cesarea comenta el contenido del credo, dando importancia especial a los términos *homoousios* y *ousia*. Todos los obispos estuvieron de acuerdo después de examinar su formulación. No se le escapó a Eusebio de Cesarea que se utilizaban términos que no se encontraban en la Escritura, lo que en el futuro fue motivo de gran violencia religiosa. Eusebio de Cesarea encuentra aceptable que después de la fórmula de fe se añadiera un anatema, que era una violencia religiosa contra los que no lo aceptaron. La persistente violencia religiosa contra los que no aceptaron el credo y los términos empleados, empieza en Nicea con la promulgación del Credo.

Eusebio de Cesarea justifica los anatemas por la expresión “primero que fuera engendrado” no existía. El emperador aceptó la frase que “incluso durante su generación divina, el Hijo era antes de todos los siglos”.

La violencia religiosa comenzó inmediatamente después del concilio, como ya se ha indicado. Teodoreto de Cirro (*HE*. I.13) refuta a los arrianos a base de la *Vida de Constantino I* de Eusebio, que acepta que algunos comenzaron a acusar a los vecinos y otros a defenderse y a cambiar las acusaciones. Por ambas partes se aducían muchos pretextos. Eran muchos los de ambos grupos que motivaron, desde el comienzo, una gran confrontación. Eusebio de Cesarea admite que ambas partes oponentes contaban con muchos seguidores, y que desde el principio estalló una gran controversia. Los arrianos eran, pues, muchos, y no cedían en su doctrina. Constantino luchaba por llegar a un acuerdo entre ambas partes. Lo que pretendía era que no se enzarzaran en disputas, bastantes problemas tenía él para contar con uno más, y grave. Eusebio de Cesarea escribe que el emperador oía a todos, acogía las propuestas con gran tranquilidad, contando con las afirmaciones defendidas por ambos bandos, poco a poco reconciliaba a los contendientes conversando benévolamente con cada uno. Persuadía a algunos, forzaba a otros mediante el razonamiento, alababa a los que hablaban bien, animaba a todos a la concordia, hasta que los volvía de la misma opinión y del mismo parecer sobre todos los puntos controvertidos. Esta política de Constantino fue muy hábil, pero no logró nada.

Constantino I, como *pontifex maximus* se sintió obligado a intervenir (*Theodoret. HE*. I.7) y mandó un emisario con cartas para convertir la disputa en

¹⁵ C. Pietri, *op. cit.*, 256-266, 291-296; M. Sotomayor, *Historia de la Iglesia en España. I. La Iglesia en la España romana y visigoda*, Madrid, BAC, 193-212; V.C. de Clerq, *Ossius of Cordova. A Contribution to the History of the Constantinian Period*, Washington, 1954; J. Fernández Ubiña, “Osio de Córdoba. El Imperio y la Iglesia del s. IV”, *Gerión* 18, 2000, 439-473.

concordia. Fracaso en el proyecto, pero en el primer concilio ecuménico de Nicea, sentó precedente de convocar concilio ecuménico para solucionar los graves problemas de la Iglesia. El concilio tenía que ser convocado por el emperador y presidido por él o por su delegado, como se indicó. Los obispos y su séquito utilizaron los servicios públicos. El número de obispos reunidos varía según los autores: Teodoro da la cifra de 318; Eusebio, en la *Vida de Constantino I* (III.8) de 250; Eustacio de Antioquía, de 270; Atanasio (*De synodis*. 43; *Hist. Arr.* 2; *Apol. c. arr.* 23), cerca de 300, cifra que subió a 318 después (*Ep. Ad. Afr.* 2), número que aceptaron varios escritores, como Rufino (*HE*. I.1), Epifanio (*Pan.* 69.11), Sócrates (*HE*. I.8.3) y Ambrosio (*De fide* I.1), cifra que, como escribe A. Gallico, tiene un valor simbólico y recordaría los servidores de Abraham en Gn. 14.1.4. El obispo de Roma, Silvestro, siendo muy viejo no pudo asistir y envió a dos presbíteros con poderes. Algunos obispos tenían las huellas aún de los tormentos de la persecución de Diocleciano en sus cuerpos.

Teodoro indica que esta divina y célebre asamblea –como la califica– no estaba libre de adversarios; algunos pocos engañosos ocultaron su maldad y favorecieron de tapadillo la impiedad de Arrio. Teodoro no deja, siempre que puede, de zaherir con epítetos hirientes a Arrio. El emperador presidió la asamblea sentado en un trono colocado en el centro. Eustacio de Antioquía fue el encargado de coronar la cabeza del emperador con alabanzas, y elogió su celo con la religión. El emperador pronunció un discurso sobre la concordia y la armonía. Exhortó a que, abandonando la fuente de la enemistad, se llegara a la solución de los problemas, partiendo de los Evangelios y de los profetas. La mayoría de la asamblea se dejó convencer y acogió la recíproca concordia y la sana doctrina.

Algunos ya mencionados, a los que se unieron Menofanto de Éfeso, Patrofilo de Scitópolis, Teogonio de Nicea, Narciso de Neroniade, Teona de Marmarica y Secundo de Tolemaida, decían cosas contrarias a la ortodoxia apostólica para defender a Arrio. Presentaron una fórmula de fe que todos leyeron y enseguida la rompieron, calificándola de ilegítima y de falsa. Se organizó un gran tumulto. Todos acusaron a Eusebio de Cesarea de haber traicionado la fe. El grupo favorable a Arrio, temeroso, se levantó y, excepto Secundo y Teona, fueron los primeros en excomulgar a Arrio. El grupo favorable a Arrio, asustado, le traicionó y se pasó al enemigo.

El concilio confirma lo escrito por Gregorio Nacianceno, que estaba por demostrar que un concilio valiese para algo que no fuese para poner las cosas peor de lo que estaban, según se ha indicado. Teodoro termina este capítulo, diciendo que hubiera sido conveniente que los partidarios de Arrio, si no consideraban impío refutar a los otros Padres, creyesen por lo menos a los que estaban acostumbrados a admirar. La doctrina de los arrianos se oponía a la de sus Padres; puesto que se oponía, sería necesario que, conociendo la ignominiosísima y escalofriante muerte de Arrio, huyeran con todas sus fuerzas de la impiedad motivada por él. Teodoro, como siempre, utiliza los epítetos más agresivos y denigrantes referidos a Arrio, lo que es una faceta importante de la violencia religiosa.

Arrio (Theodoret. *HE*. I.14), durante mucho tiempo, vivió en Alejandría, intentando incorporarse a la comunidad eclesial, negando la impiedad y prometiendo que aceptaría la fórmula unánimemente publicada por los Padres. No convenció ni

a Alejandro ni al sucesor en la sede episcopal, Atanasio. Ambos no se fiaban y desconfiaban de Arrio, y no le consideraban sincero. Con la ayuda de Eusebio de Nicomedia, marchó enseguida a Constantinopla. Atanasio expuso en la carta a Apión sus maquinaciones, que copia. Atanasio se encontraba en Constantinopla cuando Arrio murió. Había sido llamado por Constantino gracias a las gestiones de los seguidores de Eusebio de Nicomedia, lo que indica que en la corte de Constantino había un partido fuerte y con poder que favorecía la causa arriana. Constantino preguntó a Arrio si profesaba la fe de la Iglesia católica. Arrio juró tener una fe recta y remitió una confesión de fe escrita, ocultando los motivos por los que había sido apartado de la Iglesia de Alejandría por el obispo Alejandro, e interpretando expresiones de la Escritura. Arrio obró de manera hábil pero taimada. Juró que no defendía la doctrina por la que había sido arrojado por Alejandro. Salió de la entrevista con el emperador. Los partidarios de Eusebio quisieron conducirlo, con su acostumbrada violencia, a la iglesia. Los seguidores de Eusebio de Nicomedia actuaban siempre con violencia, según Teodoro. El obispo de Constantinopla, Alejandro, se opuso a que se incorporase a la Iglesia, afirmando que no era necesario recibir en la comunión al autor de la herejía. La violencia religiosa estalló entre los partidarios de Eusebio y del obispo de Constantinopla, amenazándole con que Arrio, en su compañía, sería conducido a la Iglesia contra su voluntad. Arrio confiaba en los eusebios. Bromeando, se marchó a la iglesia. En el camino, por una necesidad del vientre, se cayó y murió.

La muerte de Arrio (336) fue causa de división en la comunidad cristiana. Los partidarios de Eusebio lo enterraron como uno de sus partidario. Alejandro celebró una liturgia eucarística glorificando a Dios. El emperador envió cartas a todo el mundo, exhortándoles a apartarse del engaño, es decir, de la doctrina arriana.

VIOLENCIA RELIGIOSA DE CONSTANTINO CONTRA EL PAGANISMO

Teodoro (HE. I.13) recoge en su *Historia Eclesiástica* un caso de violencia religiosa de Constantino contra el paganismo. Los coribantes, que eran el cortejo de Cibeles, y cuántos hacen locuras por el culto a Cibeles y Attis, con danzas frenética, habían cubierto de tierra el sepulcro de Jesús, con la intención de borrar el recuerdo de la salvación, y construido un templo dedicado a Venus, y se reían del parto virginal de María. Constantino, enterado de esto, ordenó destruir el templo y el túmulo de tierra contaminado con execrables sacrificios, y levantar un grande y bello templo, como informa a Macario de Jerusalén (Theodoret. HE. I.17.4-8), al que da datos concretos sobre la construcción. Teodoro no trata mejor a los paganos que a los herejes. A la colocación de un ídolo la califica de impúdica.

EUSEBIO DE NICOMEDIA EN CONSTANTINOPLA

La violencia religiosa contra cristianos se agravó con la ocupación de la sede episcopal de Constantinopla por Eusebio de Nicomedia. Teodoro (HE. I.19) acusa

a los arrianos de tener malvada voluntad, de vestirse con pieles de ovejas y de actuar como lobos. A Eusebio de Nicomedia le califica de campeón de la impiedad, teniendo en poco las decisiones que él y otros obispos habían suscrito.

La toma de posición de la sede episcopal de Constantinopla, la juzga contra las leyes canónicas. El canon 15 del Concilio de Nicea prohibía a los obispos y presbíteros pasar de una ciudad a otra. Este traslado de sede episcopal demuestra la fuerza del partido arriano en Constantinopla. Este traslado no era una novedad, pues antes ya se había hecho, al trasladarse a Eusebio de la sede episcopal de Berito a Nicomedia, de donde fue expulsado después del Concilio de Nicea a causa de su manifiesta impiedad, es decir, por ser arriano, en compañía de Teogonio de Nicea (Theodoret. *HE*. I.20). Constantino apoyaba hasta este momento la doctrina aprobada en Nicea. Eusebio de Nicomedia se había puesto bajo la protección del tirano Licinio por varias razones: el asesinato de obispos, la gravísima persecución contra los cristianos promovida por Licinio, con gravísima y descarada violencia cristiana. Constantino menciona las ofensas a su persona, como las reuniones de los partidos contrarios a él. El emperador arrestó a los presbíteros y diáconos, descarados seguidores de Eusebio de Nicomedia. La conducta de éste último la califica el emperador de perversa. Eusebio de Nicomedia, con la multitud de cuantos le apoyaban, vino a perturbar impunemente el justo orden. Recuerda Constantino su actuación en el Concilio de Nicea, en el que participó con el único fin de provocar la paz entre todos y, ante todo, alejar lo más posible el suceso que originó la locura de Arrio, que ahora había adquirido fuerza por el malvado y funesto celo de Eusebio de Nicomedia. Teodoreto no se puede dirigir a los arrianos sin calificaciones peyorativas, como ya se indicó y que se recogen en este trabajo textualmente.

Eusebio de Nicomedia, con inquietud y vergüenza, se puso de parte de la falsedad refutada en todos los sentidos. Recuerda Constantino que Eusebio de Nicomedia mandó a diferentes personas rogar por él y pidió alguna ayuda para que, convencido del error, no fuera alejado de su dignidad. Éste engañó al emperador Constantino, que actuó de común acuerdo con Eusebio de Nicomedia, que ocultaba en su ánimo toda su maldad. Obró de común acuerdo con Teogonio, que condividió su insensatez. El emperador había mandado que fueran expulsados algunos alejandrinos que se habían separado de la fe, ya que por su culpa se había extendido la llama de la discordia. Estos obispos valientes no sólo los acogieron y los pusieron a seguro junto a ellos, sino que entraron en comunión con su malvada doctrina. Por todo esto el emperador los sacó de sus sedes y los depositó lo más lejos posible. Eusebio y Teogonio fueron desterrados a la Galia, lo cual era un caso descarado de violencia religiosa. Fueron sustituidos en sus sedes episcopales por Amión, que fue nombrado obispo de Nicomedia, y por Cresto, que lo fue en Nicea. Continuaron maquinando, engañando, retomando la lucha y el antiguo poder. Los arrianos, pues, continuaron como antes.

Estas cartas introducidas en la narración, permiten seguir paso apaso la violencia religiosa del problema arriano.

Reconoce Teodoreto (*HE*. I.21) que Eusebio se apoderó de la sede de Constantinopla violentamente, que se procuró mayor poder, que comenzó a visitar al emperador, que se hizo confidente a causa de los frecuentes contactos, y que pre-

paró falsas maquinaciones contra los obispos ortodoxos. Deseó visitar Jerusalem y engañó al emperador. Se alejó de él con grandísimo honor, y el emperador le asignó vehículos y otros medios de viaje, es decir, le pagó el viaje. Le acompañó Teogonio de Nicea, partícipe de sus impías decisiones. Fueron recibidos con honor en Antioquía. Eustacio, campeón de la verdadera fe, los recibió con benevolencia fraternal. Llegaron a los lugares sagrados y encontraron a sus partidarios Eusebio de Cesarea, Patrófilo de Scitópolis, Ezio de Lidda, Teodoto de Laodicea y otros que habían seguido la peste de Arrio, descubrieron sus maquinaciones y se establecieron en Antioquía. Los seguidores de Arrio eran importantes. El Concilio de Nicea no había frenado el arrianismo. Se quitaron la careta.. Con el pretexto de un funeral, vinieron otros. En realidad trababan la verdadera religión. Compraron a una muchacha que tenía el aspecto de una cortesana y la convencieron que proporcionase ayuda con su lengua.

Fueron a la catedral, y echando a todos los fieles, introdujeron a la infeliz muchacha. Enseñando un niño de teta, gritaba continuamente que lo había concebido de Eustacio, que sabiendo que se trataba de una calumnia, preguntó que si tenía alguna prueba, la manifestase. Ella afirmó que no tenía ningún testimonio de su acusación. La ley obligaba a confirmar las palabras con dos o tres pruebas. Los arrianos aceptaron la acusación sin ninguna prueba y, porque confirmó con juramento lo que había dicho, dictaron sentencia como si fuera un adulterio. Otros obispos, que no eran pocos y campeones de la doctrina apostólica, y que no ignoraban la trama, prohibieron a Eustacio aceptar la ilegal sentencia. Los autores de la comedia acudieron inmediatamente al emperador. Le convencieron de que la acusación era verdadera y justa la sentencia de la deposición de Eustacio. Echaron al atleta de la verdadera religión y de la castidad como si fuera un adúltero y un tirano. Este suceso es un caso desvergonzado de violencia religiosa; todo era lícito, hasta la calumnia.

Eustacio (Theodoret. *HE*. I.21) fue desterrado a Traianópolis, destierro que era un acto grave de violencia religiosa y que reforzaba la gravedad de la acusación. Los arrianos ordenaron en su puesto a Eulalio. Muerto éste poco después, propusieron que ocupase su puesto Eusebio de Palestina. Este rechazó el traslado y el emperador lo vetó. El emperador tenía poder para vetar a obispos, lo que indica que tenía autoridad absoluta en la Iglesia. Los arrianos nombraron a Eufronio, que sólo sobrevivió un año y pocos meses. Los arrianos entregaron el episcopado de Antioquía a Flacito. Todos estos obispos, en secreto, estaban contaminados de la peste de Arrio.

Los arrianos tenían especial cuidado de acaparar obispados, como medio de extender su doctrina. Alejandro de Alejandría, en una circular dirigida a los obispos, fechada poco antes del Concilio de Nicea, les acusa de ello en un duro ataque a los seguidores de Arrio: “Impulsados por la avaricia y la ambición, estos canallas están conspirando constantemente para apoderarse de las diócesis más ricas... les enloquece el demonio que actúa en ellos... son hábiles mentirosos... incubaron una conspiración... tienen viles propósitos... son ladrones que habitan lujosas guaridas... organizaron una pandilla para combatir a Cristo... provocan desórdenes contra nosotros... persuaden a la gente de que nos persiga...sus mujeres inmorales.. las mujeres que los siguen recorren las calles con indecente atuendo y desacreditan al cristianismo...

Muchos ya del clero, ya del pueblo, que habían escogido ser piadosos, abandonando la asamblea que se celebraba en la iglesia, se reunieron con ellos. Estos se llamaban eustacianos, porque habían comenzado a reunirse después del destierro de Eustacio. Los nombramientos de obispos arrianos y el comportamiento del clero y del pueblo demuestran que en Antioquía había una gran división dentro del cristianismo, y que los arrianos tenían un gran poder, puesto que nombraron obispos seguidores de su doctrina, y antes convencieron al emperador de que la acusación contra Eustacio era verdadera. La calumnia pronto se deshizo, pues la muchacha, gravísimamente enferma, desveló la insidia y la trágica maquinación, informando a muchísimos sacerdotes. Confesó que había acusado por dinero y que su juramento no era falso del todo, pues el chiquillo había nacido de un tal Eustacio, que era herrero de profesión.

ACUSACIONES CONTRA ATANASIO

Las acusaciones de los arrianos iban principalmente contra Atanasio (Theodoret. *HE*. I.26), que a la muerte de Alejandro, en 326, fue elegido obispo de Alejandría. Fue el principal enemigo de los arrianos por su actuación en el Concilio de Nicea. Melecio, depuesto en el Concilio de Nicea, continuaba provocando grandes desórdenes en la Tebaida y en Egipto, según se indicó, habiendo pagado a algunos seguidores suyos para que la acusación no pareciera sospechosa; le convencieron de que acudiera al emperador y que acusase a Atanasio de imponer tributos a Egipto y de llevar dinero a Filumeno, que preparaba la tiranía. Engañaron al emperador y condujeron a Atanasio a Constantinopla. La acusación era grave, pues perjudicaba los ingresos recibidos por el emperador de Egipto. Atanasio no tenía ningún poder para imponerlos.

Atanasio refutó la falsedad de los acusadores. Con este motivo, Constantino envió una carta a los habitantes de Alejandría, de la que Teodoreto (*HE*. I.27) extrajo la parte final. Estas cartas del emperador son importantes por expresar la visión del emperador sobre la violencia religiosa entre arrianos y ortodoxos, y la actitud tomada por Constantino. A los arrianos que acusaron a Atanasio los llama perversos, y está convencido de que Atanasio era un hombre de Dios.

A pesar del fracaso, los arrianos no tuvieron vergüenza. Tramaron otra contra Atanasio. Ningún trágico o cómico representó una cosa parecida (Theodoret. *HE*. I.28). de nuevo condujeron al emperador, después de haberlos pagado, a algunos del partido de Atanasio, para que dijeran a grandes voces que el atleta de la verdad (Atanasio) había cometido muchas nefandas impiedades. Los guiaban Eusebio, Teogonio y Teodoro de Perinto, cabecilla del arrianismo. Afirmaron que estas acciones eran intolerables y tales, que no se podían decir sin rodeos. Convencieron al emperador para que convocara un sínodo en Cesarea de Palestina, para juzgar a Atanasio, pues sus enemigos eran más numerosos. Atanasio contó con muchos enemigos a lo largo de su vida. El emperador se dejó convencer por los arrianos, porque eran sacerdotes y de ellos desconocía totalmente las intrigas. Atanasio, conocida la enemistad de los jueces, no fue al concilio. Los adversarios tenían una buena

ocasión para calumniarlo, y emprendieron la guerra contra la doctrina verdadera, acusándole, además de varias ilegalidades, de trama y de arrogancia en las relaciones con el emperador. No quedaron desilusionados en su esperanza. La postura del emperador fue, a veces, un tanto ambigua, posiblemente por el deseo de llegar a la concordia entre los bandos. Le mandó emisario para manifestarle su cólera y ordenarle acudir a Tiro, donde había mandado que se celebrase el concilio, suponiendo que Atanasio recalaba de Cesarea, a causa de su obispo, que era Eusebio de Cesarea.

Constantino envió una carta al sínodo de Tiro (Theodoret. *HE*. I.29), que intercala, según costumbre, en su *Historia* Teodoreto. Indica que algunos están empujados por la furia de una insana contienda. Pretenden cambiarlo todo. En su opinión han sobrepasado todos los límites. Exhorta a conducir a la concordia a los miembros rebeldes, a corregir errores para que puedan devolver a tantas provincias la conveniente armonía. Ha escrito una carta a los obispos a los que querían que escribiese, para que estuvieran presentes y participaran en los trabajos.

Escribió al ex cónsul Dionisio para que recordara a los obispos ir al sínodo, para que se informen de lo que allí se hace y principalmente para que mantengan el orden. El sínodo no sólo era convocado por el emperador, sino que un representante suyo le informaba directamente y era el encargado de mantener el orden, lo que prueba que había peligro de tumultos debidos a la violencia religiosa. El emperador arremete contra el que no quería participar en el concilio. Le amenaza con enviar uno que lo expulse por mandato imperial, y le enseñase que no es conveniente oponerse a los edictos promulgados por el emperador en defensa de la verdad. Aconseja pensar el remedio oportuno para con los que se encuentran en error o en pecado, pacificando a los rebeldes. Reunidos los obispos en Tiro, en 335, llegaron algunos acusados de corromper la doctrina. Entre éstos se encontraba Asclepia de Gaza y Atanasio.

Atanasio (Theodoret. *HE*. I.30) fue acusado de cortar la mano y asesinar a Arsenio, obispo en comunión con Melecio. Todo era una burda calumnia. En Egipto y en la Tebaida se sabía que estaba vivo. Después fue a Tiro, donde la mano fue enseñada a los jueces. Los amigos de Atanasio lo obligaron a ocultarse por algún tiempo, pero Atanasio fue al sínodo desde la mañana.

Al comienzo, fue introducida una mujer de vida licenciosa, que gritaba impune- mente que había profesado la virginidad, pero que Atanasio, siendo huésped suyo, la había violentado y estuprado. Dichas estas cosas, entró el acusado y con él, el presbítero Timoteo. Los jueces mandaron a Atanasio que se defendiera de la acusación, pero se calló. Timoteo dijo a la mujer: “¿Quizás yo jamás me he encontrado contigo y he entrado en tu casa?” La mujer gritaba aún más impunemente, agrediendo a Timoteo y señalándole con el dedo y diciendo: “Tu me has quitado la virginidad” y todas las otras cosas que suelen decir los que no tienen vergüenza por exceso de lujuria. Los que habían tramado esta calumnia quedaron avergonzados. Los jueces, que estaban al corriente de este asunto, se ruborizaron. Las tres acusaciones calumniosas quedaron, pues, al descubierto. En la asamblea estallaron, sin embargo, continuos tumultos, llamando a Atanasio hechicero, que hechizaba los ojos de los hombres con algunos encantamientos. El Sínodo de Tiro estaba contra Atanasio. Le acusaron de homicida, de descuartizarlo y de asesinarlo con crueldad.

La violencia religiosa llegaba hasta el asesinato. Los representantes del emperador, el citado Flavio Dionisio¹⁶ y el gobernador de Fenicia, impidieron el asesinato. El emperador estuvo bien informado de todo lo tramado. Otros enviaron a Marciotide a algunos de sus compinches: a Teogonio de Nicea, a Teodoro de Perinto, a Maris de Calcedonia, a Narciso de Cilicia y a otros simpatizantes. Se informó al emperador de las calumnias. Los acusadores de Atanasio no tuvieron inconveniente en engañar al emperador, falseando la verdad. Teodoreto de Cirro recoge detenidamente el proceso y las calumnias burdas contra Atanasio.

Con motivo de la consagración de las iglesias del Gólgota y de la Santa Cruz, en 335, el emperador ordenó a los obispos reunidos en Tiro que fueran a Jerusalem y consagrarán las iglesias. Los obispos arrianos aprovecharon la ocasión para calumniar vilmente, de nuevo, a Atanasio ante el emperador. Le acusaron de que había amenazado con impedir el envío de grano a Constantinopla. La acusación era muy grave, pues Constantinopla dependía del grano de Egipto. El emperador se creyó la calumnia, en 335, y desterró a Atanasio a Tréveris (Theodoret. *HE*. I.31.1-5). El obispo arriano Eusebio de Nicomedia bautizó a Constantino, estando próximo a morir (Hieron. *Chron*. A.D. 337), en 337.

POLÍTICA RELIGIOSA DE CONSTANCIO

Constancio, el segundo de los hijos de Constantino I, obtuvo por testamento la prefectura del Oriente. Desde el primer momento de su gobierno cambió la política religiosa de su padre, que siempre había buscado la concordia entre arrianos y ortodoxos. Lo primero que hizo el nuevo emperador fue ordenar que Atanasio volviera a Alejandría, después de dos años y cuatro meses de destierro en Tréveris (Theodoret. *HE*. II.1). Con este motivo escribió una carta a los alejandrinos. Les indica en ella que Atanasio fue enviado a la Galia para que no sufriera algún daño insalvable, porque, por la ferocidad de sus sanguinarios y violentos adversarios, peligraba su persona. Afirma que su padre pensó restituir a Atanasio en su sede de Alejandría, pero murió antes. El cumplió su voluntad. Atanasio, con esta carta, volvió a Alejandría, donde fue muy bien recibido por una muchedumbre. Su vuelta angustiaba a los seguidores de la locura de Arrio. Eusebio de Nicomedia, Teogonio y sus partidarios comenzaron de nuevo a maquinarse y a turbar al joven emperador (Theodoret. *HE*. II.3). La causa de la inclinación de Constancio al arrianismo, la achaca Teodoreto (*HE*. II.3) a un sacerdote arriano que era familiar de la hermana de Constantino, Constanza, esposa de Licinio, que la convenció de que Arrio fue acusado falsamente. Este sacerdote, que fue el que recibió el testamento de Constantino, se hizo por este motivo familiar del nuevo emperador, al que visitaba con frecuencia. Constancio estaba indeciso y el sacerdote se atrevió a emprender la fuerza contra la fe ortodoxa. Afirmaba que la tempestad que se abatía sobre la Iglesia se debía

¹⁶ A.H. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *op. cit.* 259.

a los que habían añadido a la profesión de fe la palabra *homoousios*, que no se lee en las Escrituras, lo que provocaba discordia entre el clero y los laicos.

Acusando a Atanasio y a sus partidarios, tendría acechanza a ellos. De sus ayuda se sirvieron Eusebio, Teogonio y Teodoro de Perinto. Los tres visitaban continuamente al emperador. Decían que la vuelta de Atanasio a Alejandría era la causa de muchísimos males, y que Egipto, Palestina y Fenicia, y las naciones vecinas, sufrían esta tempestad. Convencieron al emperador para que arrojase a Atanasio de la Iglesia (Theodoret. *HE.* II. 4). Los partidarios de Eusebio acusaron a Atanasio ante el obispo de Roma, que era Julio I, que siguiendo las leyes de la Iglesia, les ordenó ir a Roma y convocó a Atanasio al proceso. Atanasio se presentó en Roma, pero no los acusadores, sabiendo que su mentira sería fácilmente descubierta. Después nombraron obispo de Alejandría a Gragorio, al que Teodoreto califica de lobo y de más cruel que cualquier bestia feroz, durante seis años, pagando su maldad, pues fue asesinado por un fiel suyo.

Atanasio se lamenta ante Constancio de las insidias de los arrianos, y deploraba la guerra contra la fe ortodoxa. Le recordaba al padre, que convocó el Concilio de Nicea, participó en él y confirmó por ley las decisiones conciliares. Con esta lamentación, indujo al emperador a emular el celo de su padre. Constancio convocó a los obispos orientales y occidentales a reunirse en Sardica, entre los años 343 y 344. el emperador aparece una vez más como suprema autoridad, con poder de convocar un concilio.

Los arrianos no cesaron en su violencia religiosa contra los ortodoxos, en este caso contra Pablo, obispo de Constantinopla, al que acusaron de ser el jefe de una rebelión, y añadieron las acostumbradas calumnias.

En la violencia religiosa, la calumnia estaba a la orden del día (Theodoret. *HE.* II.5). El pueblo de Constantinopla, temiendo las insidias de sus adversarios, no permitió que fuera a Sardica. Después, los enemigos convencieron al mudable emperador de que le desterrara de la capital imperial a Cucuso, en Armenia. No se contentaron con el destierro; enviaron ejecutores que lo asesinaron, estrangulándolo en público en Cucuso. El carnicero fue el prefecto Filipo¹⁷, protector de la herejía arriana. La violencia religiosa, una vez más, no cedió ante el asesinato. No se contentaba ni con el destierro, ni con la calumnia.

Los arrianos procuraban controlar con especial cuidado el nombramiento de los obispos, como se ha indicado. En lugar de Pablo, lograron colocar en la sede episcopal de Constantinopla a Macedonio, creyéndole un partidario suyo. Poco después le arrojaron porque no aceptó afirmar que es una criatura el que la Sagrada Escritura definen como hijo. Después se hizo jefe de una herejía que defendía que el Hijo no es *homoousios* al Padre (Theodoret. *HE.* II.6).

En el Concilio de Sardica se reunieron 250 obispos, entre ellos se encontraba Atanasio. Acudían los acusadores de Atanasio y los jefes de los herejes, que antes habían sido jueces de Atanasio. No entraron en el concilio, sino que se alejaron (Theodoret. *HE.* II.7). En el *synodion* del concilio (Theodoret. *HE.* II.8), a los arria-

¹⁷ A.H. Jones, J.R. Martindale, J. Morris, *op. cit.* 696-697.

nos se les califica de locos que maquinaban contra los siervos de Dios, que propagaron una doctrina ilegítima y que se rebelaron contra la fe. Las calumnias llegaron a oídos de los obispos, que no pudieron actuar por mucho tiempo. Recuerda el historiador eclesiástico que los seguidores de Eusebio de Maris, de Teodoro, de Teogonio de Ursacio, Menofanto y Esteban, escribieron al obispo de Roma contra Atanasio, contra Marcelo, obispo de Ancira y contra Asclepia de Gaza, y que los obispos de otras regiones, para testimoniar la inocencia de Atanasio, escribieron que eran falsas y calumniosas las acciones de los seguidores de Eusebio. Convocados por Julio I, se desprende que todo era calumnia. Acudieron a Sardica pero, habiendo visto a Atanasio, a Marcelo, a Asclepia y a otros, temieron ser juzgados y no obedecieron a la invitación. Osio les esperaba y les exhortaba a dejarse juzgar, lo que no hicieron. No acudieron por estar presentes los que habían calumniado.

Los arrianos eran tan locos, que intentaron asesinar incluso a un obispo, y lo hubieran asesinado si no se les hubiera escapado de las manos. Teódulos, obispo de Traianópolis, les acusó de calumnia, por lo que fue condenado a muerte. Otros enseñaban las heridas hechas por la espada. Otros se lamentaban de haber soportado el hambre por su culpa. Se leyeron las cartas escritas por los seguidores de Teogonio contra Atanasio, contra Marcelo, y contra Asclepia, para incitar al emperador a obrar contra ellos. Denunciaron estos hechos los que habían sido diáconos de Teogonio. Los legados dieron a conocer las vírgenes desnudadas, las iglesias incendiadas, la encarcelación de colegas. Todo ello debido la nefanda herejía de los locos arrianos. Todas estas vejaciones las sufrían los que se negaban a que se les impusieran las manos y a entrar en comunión con ellos. Los antiguos acusadores huyeron, reconociendo con ello su pecado. Se decidió, sin embargo, examinar sus maquinaciones, para que no se repitieran. Arsenio, el supuesto asesinado por Atanasio, vivía aún. La bebida supuestamente compuesta por Macario, presbítero de Atanasio, los que llegaron de Alejandría, de Mereotide y de otros lugares, testimoniaron que no se hizo. Otros actos del proceso habían sido inventados, como los interrogatorios de paganos y de cristianos. A Atanasio se le llegó a acusar de haber quemado un libro sagrado. Dos seguidores de Melecio testimoniaron que nunca habían sido presbíteros suyos, y que la Iglesia de Mereotide nunca había tenido ni a Melecio ni a ningún otro ministro suyo. Se leyó el libro de Marcelo y se descubrió las maquinaciones de los seguidores de Eusebio.

La parte primera, *synodium*, de Sardica, recoge detalladamente la violencia arriana contra los seguidores de Atanasio. Este trabajo continuará próximamente.

Las luchas feroces y continuas dentro del cristianismo, de unos contra otros y contra otras religiones¹⁸, es el mayor cáncer del cristianismo, que ha llegado hasta el s. XXI. La Inquisición es uno de estos aspectos de la lucha que sólo han servido para esclerotizar y fosilizar el pensamiento católico, lo mismo que la lucha continua contra la modernidad y contra la ciencia de los papas, que está condenada a un rotundo fracaso, como ha sucedido con la oposición durísima de Pío IX a los derechos

¹⁸ F.J. Lorenzo (ed.), *Tolerancia y fundamentalismos en la Historia*, Salamanca, Ediciones

humanos, a la democracia o a la libertad de religión, y a la separación de la Iglesia y el Estado; de Pío X, a la modernidad y a la investigación bíblica; de PíoXII a los mejores teólogos jesuitas y dominicos del momento, con el silencio criminal al holocausto; y de Juan Pablo II al gasterismo de Marcinkus y a los escándalos sexuales del clero, y de Ratzinger, que ha laminado todo el pensamiento eclesiástico con acusaciones que son auténticas sandeces y ñoñeces. El resultado es la fuga de los creyente de la Iglesia en masas, y la oposición continua de los papas a la modernidad, y a todos los valores del Mundo Moderno.